SAMUEL VILA

DE CORAZÓN A CORAZÓN

CONVERSACIONES ÍNTIMAS CON MIEMBROS QUE SE ALEJAN DE LOS CULTOS DE SU IGLESIA

SAMUEL VILA

DE CORAZÓN A CORAZÓN

Conversaciones íntimas con miembros que se alejan de los cultos de su iglesia

Llamamiento a los apóstatas
por D. L. MOODY

y varias poesías sobre el tema
general del libro.

ESFUERZO CRISTIANO POR CRISTO Y LA IGLESIA SANTA CRUZ DE MUDELA
Iglesia Evangélica - Santa Cruz de Mudela DE

JUNTA BAUTISTA DE PUBLICACIONES
General Urquiza, 186
BUENOS AIRES

ÍNDICE

	Págs.
Prefacio	5
Buscando a los extraviados	9
La amistad con personas mundanas	15
Compromisos amatorios	17
Diversiones mundanas	21
Dudas	27
Dificultades familiares o de negocios por causa de la fe	33
Tibieza	39
Retorno a la Iglesia Católica	43
Disparidad de criterio con la mayoría de la Iglesia	50
Rencillas personales	55
Epílogo	63

II Parte

LLAMAMIENTO A LOS APÓSTATAS . 65

III Parte

PÁGINAS POÉTICAS

A un cristiano que quiere volver a lo que dejó	85
Lo más dulce	87
Don Justo	89
El deber de perdonar	92
¡Como Jesús!	93

PREFACIO

ESFUERZO CRISTIANO POR CRISTO Y LA IGLESIA

Durante sus 25 años de pastorado, el autor había sentido en muchas ocasiones la necesidad de una obrita como la que tiene el placer de ofrecer a sus amables lectores.

Cuántas veces, antes de decidirme a visitar a un miembro enfriado —la más difícil de todas las visitas pastorales— había examinado cuidadosamente mi biblioteca en busca de un volumen que pudiera depositar en manos del querido hermano, cuya ausencia de los cultos era objeto de nuestra preocupación. Ojeaba algún libro de evangelización; sin embargo, pensaba yo, sus grandes verdades evangélicas son lo suficientemente conocidas por él. Un libro de edificación tal vez podría resultar contraproducente. En efecto, ¿cómo hablar de los elevados temas de la vida espiritual, de la crucifixión del yo y de la entrega completa a Cristo, a un enfermo espiritual que se halla sin fuerzas para cumplir el más elemental deber de la vida cristiana, como es el acudir a los cultos de la iglesia? En lugar de hacerle bien, tan excelente literatura podría dañarle, poniéndole en la tentación de aplicar los grandes principios contenidos en la obra a otros miembros de la iglesia, para llegar a la conclusión de que nadie es buen cristiano. Algunas veces opta-

ba por traerle una novelita religiosa o la biografía de un misionero, mas pronto caía en la cuenta de que no era lo más adecuado para el caso, porque si bien es cierto que en dicha narración podrían encontrarse muchos ejemplos estimulantes de amor y servicio al Señor, sin embargo no contenía un mensaje directo. Bien pudiera acontecer que el hermano a quien deseaba ayudar espiritualmente, diera al libro sólo un interés histórico o anecdótico, sin hallar en él un mensaje directo para su alma.

Muchas veces optaba por salir sin ningún libro y... ¡fatalidad inevitable! el hermano o la hermana tenían muchas cosas que decir. Muchos pormenores de escaso interés, dados con profusión de palabras, absorbían la mayor parte del tiempo de la visita, y era forzoso terminarla sin haber tenido lugar el interloquio de corazón a corazón que ansiábamos sostener con aquella alma tan necesitada de ayuda espiritual.

Creo que todos los pastores tienen experiencia del arte con que los enfermos espirituales saben esquivar las esperadas exhortaciones y recomendaciones del pastor, para las cuales están prevenidos.

Esto ha motivado el que muchos pastores recurran en ciertos casos, a la carta personal. Pero este sistema, tiene sus inconvenientes. El pastor puede dejarse llevar de la facilidad que ofrece la ausencia del hermano para expresarse en términos demasiado duros, y también puede no dar en el blanco por desconocer los verdaderos motivos de su apartamiento. Por lo demás, el sistema epistolar es siempre un mal método si se usa como sustituto de la entrevista personal, y no como complemento de ésta.

A la luz de tales experiencias, me decidí a escribir un libro que complete la labor de los pastores, diáconos o miembros celosos de las iglesias, dedicados a la difícil, pero meritísima tarea de recuperar para Cristo y su Reino a las almas descarriadas.

Desde el primer momento, reconocí lo arduo de tal empresa, por la diversidad de situaciones a que el presunto libro debía responder, teniendo además en cuenta la necesidad de hacerlo breve, interesante y conciso, con el fin de que pudiera ser leído con placer por las personas a quienes iría destinado.

La diversidad de asuntos que se exponen en el presente librito ayudará, así lo creemos, a darle mayor interés, amén de no ser ninguna desventaja para cualquier caso determinado; antes al contrario. Ocurre en las dolencias espirituales, como en las físicas, que una persona, que padece determinada enfermedad, está expuesta a padecer, o sufre, en principio, otras enfermedades; y más aún que en las físicas, sucede en las dolencias del alma, que el paciente a menudo se resiste a confesar la verdadera causa, alegando otras que no son la principal. De ahí la sabiduría que se requiere para tratar con enfermos espirituales, y pedimos a Dios que la conceda abundantemente a todos los creyentes que se dispongan a emplear esta sencilla obrita como auxiliar de su ingrata, pero utilísima labor.

Muchos de estos relatos son sustancialmente históricos, aunque los nombres son todos, naturalmente, supuestos y quizá el mismo lector conozca más de un caso similar.

El autor no busca en su obra la originalidad, sino más bien su eficacia. Por esto, no rehusamos

juntar en un volumen diversos materiales, como por ejemplo, el último capítulo del libro "El camino hacia Dios" del gran predicador Moody, y algunas poesías adecuadas que ayudan a darle amenidad.

Sólo nos resta encomendar estas páginas al Todopoderoso, rogándole se sirva usarlas eficazmente para llevar a muchos creyentes desalentados, o descarriados, al gozo del primer amor y a la eficacia de sus primeras obras.

S. Vila.

I

BUSCANDO A LOS EXTRAVIADOS

Cierto pastor, afligido por la ausencia persistente de algunos miembros de su iglesia, que en otro tiempo se habían mostrado muy fieles y activos, se dedicó a visitarles, inquiriendo la causa de su alejamiento de los cultos.

El primero se llamaba, o le llamaremos nosotros, D. Lucas. Después de los primeros saludos, entablóse entre ambos la siguiente conversación:

Pastor.—Hace varios domingos que no le vemos ocupar su lugar en los servicios religiosos de nuestra iglesia, querido D. Lucas. Cuando usted se convirtió, era muy asiduo a los cultos de predicación como de oración. A veces hacía un gran esfuerzo para concurrir a estos últimos, viniendo desde lejos en la noche de un día laborable, a pesar de su cansancio; sin embargo, no lo juzgaba como un esfuerzo muy penoso, ya que todo lo hacía por amor de su Salvador a quien se gozaba de haber encontrado. Más de una vez levantó su voz entre los hermanos de la congregación dándole gracias por haberle hecho conocer su preciosa salvación, su infinito amor para su alma. ¿No recuerda complacido, la emoción de aquellos momentos? ¡Qué feliz era usted entonces!

Sin embargo, hace varias semanas que notamos su ausencia de la congregación. Al principio, creímos que estaba enfermo, y abrigábamos la esperanza de verle pronto entre nosotros; pero no ha sido así. Alguien le ha encontrado camino de sus ocupaciones. Quiso hacerse el encontradizo para dirigirle unas palabras amables acerca de su salud, y usted, que tiempo atrás se sentía muy gozoso de saludar a un hermano en la calle y muy honrado de que otros lo hicieran con usted, apretó el paso cuando se dió cuenta de tal propósito.

¿Qué le ha pasado, amado hermano? Mucho me temo que no esté enfermo del cuerpo, tal vez empiece a estarlo del alma, y esto es motivo de mucha pena y preocupación para todos los que le amamos.

D. Lucas.—No estoy enfermo ni del cuerpo ni del alma. Sencillamente, tengo mucho trabajo. La vida de estos tiempos es muy dura; hay que pensar en la familia, en los hijos, y no me es posible emplear tanto tiempo yendo y viniendo de los cultos. No digo que no vuelva a frecuentarlos, pues me gusta el Evangelio, creo que es la verdad; pero me parece que cuanto antes hacía, era una exageración. Mi cuerpo también necesita descanso; mi caso es diferente del de otros miembros de la iglesia, que viven más cerca de la capilla, o que no tienen las ocupaciones que yo tengo.

Pastor.—Sin embargo, usted tenía antes estas mismas ocupaciones y hallaba tiempo para dedicarlo al Señor, y se gozaba en ello. No creo que sean sus ocupaciones, sino el estado de su corazón el que ha cambiado, y ello entraña un grave peligro para su alma.

D. Lucas.—No veo por qué, puesto que yo no he

dejado de creer. Leo la Biblia en mi casa, quizá más que muchos otros que van a la iglesia para curiosear, y no dejo de hacer mis oraciones. El Señor sabe que no lo he dejado; poco me importa lo que puedan decir los hermanos. Al fin y al cabo, no es a ellos a quienes tengo que dar cuenta.

Pastor.—Es muy cierto que usted no tiene que venir a la iglesia por lo que dirán los hermanos, sino por el Señor. Pero el Señor le dice por su Palabra: "No dejando vuestra congregación como algunos tienen por costumbre, mas exhortándonos; y tanto más cuanto veis que aquel día se acerca" (Hebreos 10-25). ¿No cree usted, hermano, que la Venida de Cristo está mucho más próxima que cuando el apóstol escribió estas palabras? ¿No piensa que podría ocurrir en cualquier momento? ¿Y qué sería de usted si lo hallare el Señor como a las vírgenes fatuas, tibio de corazón, con la luz de su testimonio apagada y desinteresado de las cosas eternas?

D. Lucas.—Han pasado muchas generaciones esperando al Señor. Y, no digo que no venga... pero no veo por qué habrá de tratar mejor a los que van al culto, quizá por hipocresía, que a mí, que no dejo de amarle, de leer su Palabra y de orar quizá más que muchos otros... No veo por qué éstos hayan de ser tenidos por más fieles y más apreciados por el Señor que yo mismo.

Pastor.—Sin embargo, querido amigo, es el apóstol, inspirado por el Espíritu Santo, quien relaciona amonestativamente la falta de asistencia a los cultos con la Venida del Señor, lo cual es muy significativo.

Que la Venida del Señor no tenga lugar en sus

días, no es motivo para vivir desprevenido; "Aunque se tardare espéralo, que sin duda vendrá; no tardará", dice el profeta Habacuc. (2:3). En algún momento, que a muchos aún parecerá lejano, ocurrirá el gran acontecimiento, cuyas señales precursoras vemos hoy más claras que nunca. Por otra parte, ¿no viene El para cada uno por medio de la muerte? No han de pasar 50 años, quizás ni 10, y quién sabe si ni siquiera uno, antes de que usted se encuentre en su presencia. ¿Por qué, pues, vivir ahora alejado de Aquél ante quien tendrá que comparecer tan pronto?

D. Lucas.—Parece que usted no me comprende. No estoy lejos de Dios, ni quiero estarlo. No he negado la fe. ¡Dios me libre de ello! Pero ¿es que no se puede ser cristiano sin ir a la capilla? Antes sí me gustaba y me sentía bien allí; pero, después de ciertas cosas..., me siento mejor en casa a solas con mi Biblia y mi Dios.

Pastor.—Le comprendo perfectamente, y ¡ojalá fuera verdad lo que acaba de decir!: Que tuviera gran amor a Dios, muchos deseos de leer su Palabra y una gozosa comunión con El; si así fuera, estoy seguro que no pasarían muchos días sin que usted volviera al gozo de la comunión fraternal y de la vida activa y de testimonio en la iglesia. Del mismo modo que un cuerpo sano y fuerte vence fácilmente las pequeñas indisposiciones y aun los más recios ataques de los microbios que amenazan nuestro organismo físico, de la misma manera un alma bien fundamentada en la fe y que goza de una comunión firme e ininterrumpida con Dios, vence fácilmente los pequeños contratiempos de la vida de iglesia; pero no se ofenda si le digo que usted se

halla lejos de poseer esta vida interior tan robusta como dice.

¿Que ora y lee la Biblia? Gracias a Dios por ello, pues es señal de que su alma aún no está muerta del todo para Dios; sin embargo esto sólo puede significar un aliento de vida..., de una vida espiritual probablemente agonizante... Reconozca amigo, que ni ora, ni lee con aquel gozo y entusiasmo con que lo hacía antes, sino como un medio de tranquilizar o atemperar su conciencia, que le acusa por haber abandonado los cultos, por haberse alejado de Dios; por eso no siente en estas prácticas piadosas la misma satisfacción que sentía antes, cuando llevaba una vida cristiana normal.

D. Lucas.—Creo que tiene razón en que no siento tanto gozo como al principio, cuando conocí a Cristo. Puede ser cierto que estoy algo más frío que antes; pero, en cuanto a dejar al Señor, no se preocupe por ello; eso jamás lo haré; no soy tan insensato como para querer perder mi alma.

Pastor.—Sin embargo, reconozca que se halla en el deslizadero por donde han empezado a resbalar todos los apóstatas. Es una experiencia común de todos los servidores de Dios que tratan con las almas y han visto millares de casos de la más triste apostasía, que ningún apóstata empezó negando de repente al Señor que lo rescató. Casi todos empiezan a apartarse de los caminos de Dios protestando creer en Dios, en su Evangelio, en la Biblia y en la oración, pero abandonando la comunión de los creyentes. Más tarde, la Biblia y la oración han sido dejadas de lado, pero se retiene, o se profesa retener, la fe en Dios y una vida moral, alegando que esto ya basta para salvar el alma. Algunas veces

flojea la misma conducta moral, y en ciertos casos la apostasía llega a la más descarada negación de Dios por personas que parecían cristianas y piadosas.

¿Puede haber tragedia más triste que ésta, amado hermano? ¿No se extrañe, pues, que nos sintamos verdaderamente preocupados y afligidos por su alma al verle descender los primeros escalones de este abismo de perdición.

D. Lucas.—Ciertamente, empieza a preocuparme lo que usted está diciendo, pues no puedo negar algunos casos de esta naturaleza que yo mismo he conocido. Reconozco que debo hacer algún esfuerzo para no faltar a la Casa de Dios. Ore usted al Señor por mí.

* * *

Después de esta primera conversación, el pastor, que había tomado nota de los principales casos de enfriamiento espiritual en su iglesia, consultó su carnet y leyó: D. Juan X, calle N. Este era un miembro de buena posición, todavía joven, simpático, jovial, y que gozaba de mucha consideración entre sus conciudadanos en la pequeña ciudad donde residía. A ese hogar dirigió sus pasos el servidor de Dios y de su iglesia.

II

LA AMISTAD CON PERSONAS MUNDANAS

Recordó el pastor que el referido miembro había sido, desde joven, un buen deportista; le gustaban las excursiones, las fiestas, las veladas y claro está, como el domingo es el único día que podía permitirse tal desahogo, al perder el entusiasmo de su primer amor cristiano algún tiempo después de haber conocido el Evangelio, dejó de concurrir a los cultos de su iglesia. La conversación con este creyente se desarrolló en los siguientes términos:

Pastor.—¿Qué vida es la suya, D. Juan? Hace mucho tiempo que no le veo.

D. Juan.—En efecto, siempre tengo intención de hacerle una visita, pero nunca encuentro oportunidad para ello. Y, en verdad, lo siento.

Pastor.—Su visita siempre me será agradable pero me gustaría más verle con los suyos en el culto.

D. Juan.—Ya me suponía que ese era su propósito; pero ya le expliqué en cierta ocasión cuántos compromisos tengo que me lo impiden.

Pastor.—Lo recuerdo perfectamente. Sé que usted ha contraído amistades que le invitan amablemente a sus fiestas, excursiones al campo, cacerías

o veladas, y ¡rara coincidencia! casi siempre en los días y horas de culto. Eso es todo.

D. Juan.—Así es; pero se trata de buenísimas personas, mejores sin duda que muchos cristianos, por su trato y modales; a nada malo me invitan, ni tampoco aprendo nada malo en su compañía. Unicamente no toleran que les hable de mi fe; tienen sus propias ideas, tan firmemente arraigadas como la mía. No veo por qué no he de cultivar tales amistades, que, por otra parte, me convienen por razones de orden social y comercial.

Pastor.—Nadie le pide, hermano, que rompa con sus amistades sociales, con tal de que éstas no se interpongan entre su alma y Dios, impidiéndole el cumplimiento de sus deberes cristianos y privándole del alimento espiritual que su alma necesita. Pero si repetidamente ha de emplear con ellas el tiempo que debe a su iglesia y a su Dios, está en un gran peligro. Recuerde las palabras de Jesucristo: "Buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia y todas las demás cosas os serán añadidas" (Mateo 6;33). Y aquellas otras de Santiago: "¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad con Dios? Cualquiera, pues, que se hace amigo del mundo se constituye enemigo de Dios" (Santiago 4;4)

* * *

No se prolongó mucho más la conversación, pues el servidor de Dios tenía otras muchas visitas que hacer aquella mañana; así, que después de despedirse de D. Juan, se alejó de aquella casa reflexionando y diciéndose a sí mismo: Compromisos sociales, comerciales, amistades mundanas... A buen seguro, que no intentaremos aducir tales razones ante Dios en el día del juicio.

III

COMPROMISOS AMATORIOS

Entre la juventud, suele darse otra razón o excusa para el descuido de las cosas de Dios. Las relaciones amorosas. Se trabaja todos los días de la semana, y el domingo hay que aprovecharlo para la novia o el novio; ¡cómo si el temor de Dios y la comunión con Cristo no debieran tener el primer lugar en la vida del cristiano, aun en este apasionado período del noviazgo!

El pastor, cuyos pasos venimos siguiendo, encontró en su libro de notas la dirección del joven Alberto, quien había contraído relaciones desde hacía algunas semanas con una joven no creyente. Escuchemos una parte de la conversación que sostuvo acerca de este interesante asunto con su pastor:

Alberto.—...Pues, sí señor, procuré hallar mi compañera entre los cristianos y sólo recibí desengaños. Mi prometida actual es, en cambio, una persona nobilísima que no me impide ser cristiano, pero no tiene gusto por las cosas de Dios. No puedo obligarla a que me acompañe al culto; sin embargo, pido a Dios que la convierta y confío que me escuchará, y entonces podré reanudar mi vida cristiana normal.

Pastor.—¡Qué terrible engaño es éste, querido

hermano. ¡Con cuánta razón decía el apóstol San Pablo: "No os juntéis en yugo con los infieles: porque ¿qué compañía tiene la justicia con la injusticia?, ¿y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿y qué concordia Cristo con Belial? ¿o qué parte el fiel con el infiel?". 2.ª Corintios 6;14-15.

El matrimonio de dos seres humanos es, mucho más que la unión de dos cuerpos, la de dos almas. Toda felicidad es imposible si los que juntan sus vidas para siempre, no sienten los mismos ideales; ni piensan al unísono en el supremo asunto de sus relaciones con Dios. Piense en el martirio que ha de ser para un buen cristiano hallar que la compañera de su vida aborrece las cosas que él ama. El vendrá de la Casa de Dios lleno de pensamientos piadosos y no podrá comunicárselos, viéndose obligado a forzar el curso de sus ideas para conversar sobre asuntos de interés común. A ella le ocurrirá lo propio con sus pensamientos mundanos. Verá con desilusión que él no siente el mismo interés que ella, por lo que los cristianos llamamos vanidades, y también sufrirá, si es bastante prudente para no zaherirle.

Alberto.—Yo creo que mi futura esposa respetará mis creencias.

Pastor.—Esto estaría muy bien tratándose de un jefe o un compañero de trabajo, pero en cuanto a la esposa no basta. Usted necesitará de su esposa, mucho más que respeto por sus convicciones espirituales. Necesita que ella comprenda el Evangelio y ame al Salvador a quien usted ama, o habrá siempre una muralla de hielo entre los dos.

Alberto.—Ya lo comprendo, pero tengo mucha confianza de que al fin ella se convertirá.

Pastor.—Esta confianza es hija de su deseo; pero tristemente, no tiene en qué fundarla, ya que ha confesado que su prometida no siente interés hacia las cosas de Dios. Lo que más fácilmente puede ocurrir es que no sea ella atraída al Señor, sino que usted, para complacerla, se encuentre, quizá sin darse cuenta, enfangado en una vida mundana y de apatía espiritual que ponga en peligro su propia alma. Mal ha empezado con descuidar los cultos durante tantos domingos...

Alberto.—Es que por ser los primeros tiempos de nuestro compromiso, ella juzgaría muy mal ahora que la abandonara. Pero, poco a poco procuraré que mi prometida me acompañe, y si no, cuando sea casado, ella irá con sus padres, en las horas de culto, y yo estaré libre para asistir.

Pastor.—Lo que será descuidar sus deberes de esposo por los de cristiano. Que adopten estos recursos de mal menor los que han conocido el Evangelio después de casados, tiene perfecta explicación; y está de acuerdo con la Sagrada Escritura (1.ª Corintos 7;10), pero no así con los que pueden escoger al compañero o compañera de su vida. Jamás debiera usted haber contraído un compromiso tal con una persona que no es del Señor.

Alberto.—Lo reconozco; pero es que dejarla ahora sería muy difícil para mí, y una crueldad para ella, que no me ha dado motivo.

Pastor.—No pretendo aconsejarle en tal sentido, pero por lo menos debería usted adoptar una posición firmísima en cuanto a su fe y a sus relaciones con Dios. Recuerde las solemnes palabras del Salvador: "El que ama padre o madre o mujer o esposo más que a Mí, no es digno de Mí" (Ma-

teo 10;37). "El que no renuncia a todas las cosas que posee por amor de Mí no puede ser mi discípulo" (Lucas 14;33).

Alberto.—Y si ella ha de convertirse, ¿no sería perder un alma el renunciarla prematuramente?

Pastor.—No le digo esto; sino que muestre tal preferencia por las cosas de Dios que ponga a ella en el trance de renunciar a usted, en el caso que su corazón permanezca duro y opuesto a los intereses espirituales. Si no sigue esta línea de conducta desde el comienzo de sus relaciones amorosas, le será mucho más difícil hacerlo después. No tema perder a su prometida por semejante motivo, o piérdala mil veces, si es necesario, por amor a su Salvador, y nunca le pesará.

Si está en el buen propósito de Dios que sean el uno para el otro y ella para el Señor, en respuesta a sus oraciones, ninguna actitud firme de su parte les hará romper el compromiso contraído; antes todo lo contrario. Encomiende su camino al Señor y obre con firmeza diciendo: Primero Dios que mis sentimientos carnales y, ocurra lo que ocurra, usted dará gracias a Dios por ello en el tiempo futuro.

* * *

El pastor salió de la casa de Alberto, pidiendo a Dios diera fortaleza moral a este querido joven para seguir la línea de conducta que le trazaba su carácter de cristiano y se encaminó a casa de los señores González, cuyo obstáculo era de diverso carácter, pero no del todo diferente.

IV

DIVERSIONES MUNDANAS

Los señores González, en otro tiempo fervientes creyentes, solían celebrar en sus casas con motivo del cumpleaños de alguno de los familiares recepciones y veladas a las que concurrían amigos y amigas mundanos. Los hijos de la familia adquirieron de este modo intimidad con otros jóvenes que empezaron a hablarles de lo agradables que son las diversiones mundanas, llegando a persuadirles de que la mayoría de tales espectáculos son del todo inocentes, y que no hay razón para que la persona más moral y piadosa se prive de ellos. Resultado: que cobraron afición por los placeres del mundo y lo perdieron por las cosas de Dios.

Aquella mañana el pastor dirigía sus pasos hacia dicho hogar, en otro tiempo cristiano, y que a la sazón apenas merecía tal nombre, cuando tropezó por la calle con el propio señor González, a quien después de saludar afectuosamente, le preguntó el motivo de su ausencia de la iglesia. Como era un día de primavera y ninguno de los dos llevaba prisa, sino una carga en el corazón por el mismo motivo, aunque de diversa índole, se sentaron en un banco del paseo, y bajo la tibia caricia del sol, el miembro pródigo se expresó en la siguiente forma:

Sr. González.—Comprendo que estoy faltando a mi deber con venir tan de tarde en tarde a los cultos. No era así mi costumbre desde que conocí el Evangelio; entonces abandoné todas las diversiones mundanas y me sentía muy satisfecho, no pensando en otra cosa que en las actividades de la iglesia y en atraer nuevas almas a Cristo. Pero un día oí decir a unos amigos que se estaba proyectando una película de ambiente evangélico, la cual ningún evangélico debería dejar de ver, e imitando a otros que parecían tan buenos cristianos como yo, fuí con toda mi familia a presenciar el espectáculo.

Me gustó de tal manera que mi corazón se sintió atraído de nuevo por esta diversión que, juntamente con el juego de fútbol, había sido mi flaco antes de convertirme.

Pronto estuve al acecho de "películas buenas", a las que pudiera asistir con buena conciencia, y apenas encontré objección a ninguna de las que se proyectan. Al principio, íbamos al cine solamente los días en que no había culto; pero encontré que las mejores películas se proyectaban los domingos a una hora muy cercana a la del culto.

Antes nunca había encontrado que los cultos fuesen largos; todo lo contrario, me parecían demasiado cortos, por lo mucho que me gozaba en los buenos mensajes que se daban en nuestra iglesia; pero desde que creció mi afición al cine, empecé a sentir que éstos se prolongaban más de lo debido, y hasta llegué a sospechar que usted lo hacía adrede para hacernos perder lo mejor de cada película, obligándonos a llegar tarde, lo que me contrariaba grandemente. Por esto y para no tener que ponerme en evidencia ante los hermanos, saliendo disparado, sin saludar a nadie, decidimos no concurrir al culto los días que tuviéramos que ir al cine.

Casi al mismo tiempo empecé a pensar que aún menos que del cine se puede objetar por el lado moral, de los partidos de fútbol, y comencé a concurrir a los mejores encuentros, lo que me hacía perder casi cada domingo la reunión de los jóvenes, llegando cuando ya había empezado el culto general. Ahora me falta tiempo para ir del campo de fútbol al cine casi todos los domingos.

Nunca hubiera llegado a sospechar que pudiera pasar varios domingos sin ir a mi iglesia, pues por algún tiempo fuí uno de los miembros más asiduos. Muchas veces me propongo asistir el próximo domingo, pues comprendo que la congregación tenga queja de mí y de mi familia, pero siempre es aquella semana cuando proyectan la película más interesante, o tiene lugar el mejor partido de fútbol, que no quiero perder.

No es que haya dejado a Dios; eso no. Me da gozo cuando en la película aparece algún culto u oigo cantar un himno, y si estoy con la familia lo comentamos complacidos; esto me da a entender que no he perdido mi amor a las cosas de Dios; pero comprendo que no soy como antes. Crea que en ciertos momentos me siento muy triste y miserable, porque no tengo aquel gozo y paz que sentía cuando todos mis pensamientos estaban ocupados en las cosas de Dios y el mundo no me atraía. A veces daría cualquier cosa por volver a aquel estado de los primeros años de mi conversión; me temo que no sea ya posible.

Pastor.—Comprendo su caso, querido hermano, que es el de innumerables apóstatas, ya que el amor

a los placeres del mundo ha sido siempre el principal lazo para apartar las almas de Dios. Esta no es ninguna afirmación fanática de tiempos retrógrados, sino una realidad tan cierta en los días del apóstol San Juan, como lo es en nuestra edad moderna. (1.ª Juan 2:15-17).

Usted mismo me ha dado la clave de su estado espiritual al declarar: que no se siente bien del todo en los placeres del mundo. Esto demuestra que existen todavía en usted sentimientos espirituales; pero reconoce que ha ido aumentando su afición a los pasatiempos mundanos, hasta el punto de no quedarle tiempo ni fuerza moral para vencer el atractivo que éstos ejercen sobre su persona.

Usted mismo manifiesta que se siente triste por tal motivo y quisiera volver a aquel estado en que las cosas del mundo no tenían atractivo sobre usted. Esto es una gran advertencia para aquellos creyentes que empiezan a deslizarse por el mismo sendero, pensando que un cristiano no debe llegar al fanatismo de negarse toda diversión mundana, y frecuentan las que supone honestas, creyendo que podrán fácilmente poner coto y medida a tal tendencia. Así lo creyó también usted, y hubiera asegurado, como Pedro en el cenáculo, que jamás llegaría a abandonar un culto por una cosa tan baladí como es una diversión mundana, cuando empezó a concurrir a ellas solamente en los momentos perdidos. Usted no se daba cuenta del poder fascinador que tienen los placeres mundanos sobre los corazones y las mentes de los hombres. Unicamente lo reconoce cuando se halla preso en sus cadenas.

Por esto, sin tratar de establecer alguna ley para todos los miembros de las iglesias acerca de

estas cosas, que no son pecados graves, ya que no estamos bajo un régimen de legalismo farisaico, sino bajo la Gracia, debe cada cristiano sentir el peligro que encierran. Todo pecado, vicio, o tendencia mundana, es como aquel tigre juguetón que cierto sujeto criaba y acariciaba como dócil gatito, teniendo al principio pleno dominio sobre el mismo, pero que, una vez crecido, fué más y más difícil de gobernar, hasta que llegó a devorar a su propio dueño, o como el hombre que pretendió abrir un pequeño orificio en un dique de arena, el cual se hizo cada vez mayor hasta que las aguas inundaron el valle.

En cuanto a su caso, me parece que la mejor solución sería matar la fiera de un solo tiro, prometiendo al Señor que, con su ayuda, no cederá ni una sola vez a esta tendencia. No le importe ver a otros cristianos obrar de un modo diferente. Usted sabe mejor lo que le conviene.

Si no se siente capaz de tomar esta firmísima resolución, haga por lo menos lo siguiente: Cuando se halle en un lugar de diversión mundana a la hora del culto, eleve sus ojos al cielo e imagínese al Señor mirando ambos espectáculos a un mismo tiempo. No trate de indagar: ¿es malo ésto que estoy presenciando?, sino ¿qué es lo más agradable al Señor?

En segundo lugar, le recomiendo que todos aquellos domingos en que por cualquier motivo haya faltado al culto de su iglesia, procure que algún miembro piadoso de la misma le dé detalles del sermón y demás partes que recuerde. No tema las amonestaciones de este hermano. Si es persona de amplia comprensión y prudencia, no las exagerará hasta el punto de herirle. Tenga presente que si

usted ofrece con preferencia a su propia alma las cosas del mundo, ésta, debilitada por el falso alimento, las hallará bastante buenas; pero si de intento las pone en contraste con las del Señor, su mente espiritual se sentirá más y más atraída hacia las cosas de arriba: a aquellos deleites espirituales que en otro tiempo fueron el todo de su vida y que han de volver a serlo, si usted es un verdadero hijo de Dios.

Si usted fuera únicamente un cristiano nominal, no regenerado por el Espíritu Santo, sepa que también está abierto para usted el camino de la misericordia, como ha ocurrido con millares de seudocristianos. Recurra al Señor con arrepentimiento y fe viva, sintiendo que necesita, como nadie, dar este paso trascendental y asegurar su salvación, a causa de la tremenda responsabilidad en que le pone su extenso conocimiento del Evangelio. Comprenda que es gran fortuna el haber descubierto a tiempo que lo que usted consideraba como religiosidad, era un conocimiento meramente intelectual, y no la experiencia salvadora de la conversión que Dios le ofrece y puede tener todavía.

Sr. González.—Comprendo que tiene usted razón y con la ayuda de Dios he de hacer como usted me indica.

El pastor se marchó apesadumbrado pero complacido por la franqueza con que se había expresado aquel querido miembro de su iglesia, confiando que el Señor le ayudaría a tener una completa victoria sobre sí mismo y sobre el mundo.

V

DUDAS

La próxima visita del pastor, la cual no pudo llevar a cabo aquella mañana por haberse entretenido tanto en su conversación con el Sr. González, fué al hogar de D. Nicasio. Este era un antiguo creyente que había pasado por muchas pruebas. En pocos meses había perdido primero su esposa; más tarde, Dios le llevó a uno de sus hijos. Estas experiencias, en lugar de llevarle a Dios, le habían apartado. Si Dios fuera tan bueno y misericordioso, se decía, a buen seguro no se hubiera llevado a seres tan buenos y útiles, cuando corren por el mundo tantos desgraciados que ningún provecho acarrean a la sociedad. No osaba comunicar a otros cristianos los pensamientos que constantemente le atormentaban, pero pudo observarse su falta de asistencia a la casa de Dios.

Por esto el pastor, aprovechando el aniversario del fallecimiento de uno de estos seres queridos, acudió a visitarle. Después de los saludos de cortesía, el visitante entró en materia recordándole aquellos días de fe, cuando su corazón se gozaba tanto en las cosas espirituales. Su respuesta dejó consternado al servidor de Dios, quien, aunque reconocía la situación de D. Nicasio, no creía que el adversa-

rio se hubiese aprovechado de tal modo de ella hasta llevarle a tan triste estado espiritual.

D. Nicasio.—Yo no quiero ser hipócrita. Nunca lo he sido; hace algún tiempo creí sinceramente que el Evangelio era la verdadera revelación de Dios y que Jesucristo me redimió de mis pecados; hoy no me atrevería a negarlo, pero no tengo la firme convicción de antes.

Como usted sabe muy bien, yo oraba a Dios con verdadera fe por cosas que creí debían serme concedidas; pero todo ha ocurrido en contra de mis deseos y oraciones.

Esto me ha turbado de tal modo que en algunos momentos me figuro haber perdido del todo la fe. No encuentro placer en la lectura de la Biblia, acerca de cuya veracidad me asaltan dudas cada vez que la abro. Me parece inútil ponerme en oración, y este estado de ánimo me atormenta cuando estoy en el culto. No digo que sea incrédulo, pero parece que me siento más tranquilo fuera de las prácticas piadosas, las cuales levantan una lucha en mi conciencia. No sé si volveré a poseer la seguridad de la fe que poseía antes; quisiera tenerla, pero temo que no pueda.

Pastor.—He de simpatizar profundamente, querido hermano, no sólo en la aflicción que ha motivado su triste estado de ánimo, sino mucho más en la tragedia moral por la que pasa su alma. Su experiencia no es única. Ha ocurrido a muchos buenos cristianos, que al fin han resultado vencedores. Recuerde las palabras de Santiago: "Bienaventurado el varón que sufre la tentación; porque cuando fuere probado, recibirá la corona de Vida que Dios ha prometido a los que le aman" (Santiago 1.ª 12).

Job pasó por una experiencia semejante, llegando a dudar, si no de la existencia de Dios, sí de su bondadosa Providencia. Al fin, venció y fué bendecido. Puede vencer también usted, como han vencido millares de cristianos, cuya fe ha resultado mucho más firme después de su amarga prueba.

Dice que poseía una fe más tranquila antes de ser probado; pero esta fe fácil e ingenua no era de la mejor calidad. Como declara el Enemigo en el libro de Job, no es gran mérito servir a Dios en la prosperidad. Lo grande, lo admirable, lo que honra al Altísimo y avergüenza al Adversario que se atrevió a desconfiar de Dios en medio de su grandeza, es que hayan confiado en este mismo Dios otras criaturas en medio de las más abyectas y difíciles circunstancias. Aquel: "Aunque me matare, en El esperaré" del sufrido patriarca (Job 13;15) era un carbón encendido en el seno del cruel Enemigo que fraguó su prueba.

Se extraña de que el Todopoderoso no respondiera a sus súplicas según sus deseos, que, a su parecer, eran lo más conveniente. ¡Piense en los mártires cristianos entregados injustamente a los tormentos y la muerte por su fe en un Cristo vivo, resucitado, que tenía todo poder para librarles de sus verdugos, haciendo caer los más terribles castigos sobre aquéllos que se burlaban de su esperanza! No ocurrió así; sin embargo, no desconfiaron de la sabiduría y bondad de Dios. Menos motivos tiene usted, para tal desconfianza.

¿Está usted completamente seguro de que lo pedido y deseado era lo mejor? ¿Puede afirmar que aquello era lo más conveniente en un sentido absoluto y total? Para tener tal seguridad, debería

poder abarcar con mirada clarividente todo el futuro del tiempo y la eternidad. ¿Puede hacerlo? "Lo que yo hago tú no lo entiendes ahora, mas lo entenderás después", decía Jesús a Pedro (Juan 13;7). Confíe en la infinita sabiduría de Dios. El que hizo los cielos y la tierra con su ciencia no puede equivocarse. ¿Qué gana con desconfiar? Crea que el Omnipotente podrá justificar todos sus actos, cuando los secretos de este mundo y del venidero nos sean revelados. Nuestro conocimiento es muy limitado para poder juzgarle. Crea y espere.

Por lo demás, el peor remedio para la duda es el alejamiento de la Casa de Dios. Es como si usted quisiera curar una peligrosísima anemia privándose de comer. Es cierto que ello puede obligarle a luchar más tenazmente, dado el actual estado de su conciencia, pero le ayudará a vencer. La Palabra predicada removerá sus dudas, le sugerirá encontrados pensamientos; pero le proporcionará razones poderosas, consuelos inestimables y sobre todo la gracia divina para volverle a una fe mucho más firme y consistente que la que antes tenía. Una fe aquilatada por la prueba, mejor dispuesta para futuros embates, si Dios tuviera a bien permitirlos para aumentar su riqueza espiritual (1.ª Pedro 1;8).

D. Nicasio.—Está usted alentando mi corazón; sin embargo, he de serle aún más sincero: El motivo de mis dudas no es tan solamente las pruebas por las cuales ha pasado mi fe. A raíz, y como resultado de ellas, buscando una salida a mis pensamientos, empecé a leer diversas obras de carácter filosófico de autores escépticos, y ello ha venido a meterme todavía más en un laberinto de confusiones. Dicen estos autores que hay muchas religiones

en el mundo pretendiendo ser la revelación del Omnipotente y, por otra parte, es tan inmenso el Universo que ahora me parece ver un tremendo contraste, entre el Dios Creador de las nebulosas y el Dios de la Biblia, en los términos en que es predicado en nuestra humilde capilla, y yo había creído en El. Esto ha enfriado mis deseos de asistir, sobre todo al verme obligado a escuchar con frecuencia a personas más llenas de buena voluntad que de conocimientos.

Pastor.—Sin embargo, queridísimo hermano, tenemos evidencia de que ese Ser Infinito, que ha creado las nebulosas, es quien se revela a las conciencias de los hombres, y muchas veces a los más humildes de entre los hombres. El espíritu de Dios parece haber previsto esta objección suya cuando hizo escribir al profeta Isaías: "El Eterno dijo así: "El cielo es mi solio y la tierra estrado de mis pies. ¿Dónde está la casa que me habréis de edificar? ¿y dónde el lugar de mi reposo? Mi mano hizo todas estas cosas, y así todas estas cosas fueron, dice Jehová: Mas a aquel miraré que es pobre y humilde de espíritu y que tiembla a mi Palabra" (Isaías 61;2). No le dé vértigo la consideración de un Universo que debe medirse por años de luz; pues por ser Dios infinito, nada hay demasiado grande para su omnipotencia, ni demasiado pequeño para su tierna solicitud. El Dios que creó los cielos es el mismo que conoce los pensamientos de su conciencia y de la mía. Un Dios limitado no podría ser el Dios del Universo, ni el de las conciencias humanas; pero el Dios infinito puede ser perfectamente ambas cosas. Esto es lo que expresaba admirablemente el Salvador en sus alusiones a los lirios

del campo y a las aves de los cielos en el famoso sermón de la montaña. El conocía al Padre que había venido a revelar. Nosotrós conocemos muy poco acerca de Dios, pero nos basta saber que El existe para confiar plenamente en El.

Dios mismo le ayudará a vencer esa crisis, si sus dudas son sinceras y no procedentes de algún pecado encubierto, o del deseo de cometerlo. Aun en este peor caso, póstrese delante del Señor pidiéndole su perdón y su gracia, y lo obtendrá, pues El es fiel y misericordioso y conoce nuestra condición. Empero si sus dudas son originadas por alguna crisis intelectual, le aconsejaría que leyese algunos buenos libros que fortificaran su fe y le dieran luz. Sea usted franco con el pastor de su iglesia o con algún hermano muy inteligente y ellos le orientarán acerca de las lecturas que le convienen para vencer su crisis moral, y volver a la paz y al gozo de los creyentes.

D. Nicasio.—Crea sinceramente que sus palabras me han hecho bien. Intentaré hacer lo que usted me recomienda. Ore en tanto usted por mí, pues lo necesito. Muy pronto nos veremos otra vez.

VI

DIFICULTADES FAMILIARES, O DE NEGOCIOS, POR CAUSA DE LA FE

¿Qué pastor de almas no ha tropezado con algún miembro cuya situación, dentro del Evangelio, sea harto difícil? Algunos miembros viven en un ambiente familiar o social de tal naturaleza, que en la práctica les es un gran problema el mantenerse firmes en la profesión de su fe. Tal es el caso del señor Ordóñez. Casado con una mujer de buena posición social y de distinta religión, encuentra una oposición tan tenaz que, por complacerla y no verse privado del concurso y colaboración de sus amigos, ha optado por no asistir a los cultos, poniendo así sus intereses materiales por encima de los del Reino de Dios.

Cierto día, el pastor se encontró con él en la calle, y naturalmente, la conversación giró sobre el asunto.

Sr. Ordóñez.—He de abstenerme durante una temporada de asistir a los cultos, para evitar disgustos con mis familiares o la ruina de mis negocios, dada la oposición que se me hace. Yo no dejo al Señor en mi corazón, pero El ya ve que no me es posible en estas circunstancias ponerme en evidencia como cristiano evangélico.

Pastor.—Me doy perfecta cuenta, mi querido hermano, de sus dificultades especiales, y comprendo cuán duras son; sin embargo, he de compadecerle aún más por ese "*No me es posible*" que acaba de pronunciar. Es ésta una palabra muy fuerte que ha de ser dicha con mucho cuidado, sobre todo si se póne a Dios como testigo. Piénselo seriamente. ¿Es cierto que Aquél que sabe todas las cosas ve en su caso absoluta imposibilidad? ¿Es tan terrible la oposición con que tropieza que no le permite hacer enteramente nada para mantener su testimonio cristiano? Recuerde las palabras del apóstol: "Reducid, pues, a vuestro pensamiento a Aquél que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, porque no os fatiguéis en vuestro ánimo desmayando; que aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado" (Hebreos 12:3 y 4).

Reduzca, pues, su pensamiento, es decir, tórnelo de las dificultades que le rodean a Aquél que lo dejó todo y lo dió todo, hasta su propia vida, por salvar su alma y la mía en la cruz del Calvario. Usted no ha derramado todavía un sola gota de sangre por amor a El. ¿No podrá sufrir con paciencia un reproche o alguna pérdida material a cambio del privilegio inmenso de "ser hallado fiel" cuando tenga que venir a la presencia de su amantísimo Salvador?

No diga que usted no abandona al Señor en su corazón, pues si le amara realmente como se merece, sus pasos y su vida irían detrás de su corazón, como ha ocurrido con millares de héroes de la fe cristiana. Precisamente porque en su corazón apenas queda un residuo de amor y de fe para su Salvador ha caído usted en la triste bajeza de resignarse a ocultar su débil fe de la vista de los hombres. Y lo peor es que este mismo residuo corre grave peligro de enfriarse y apagarse del todo, si no se decide a mostrarse cristiano con todas sus consecuencias. Recuerde las solemnes palabras de Cristo: "El que ama padre o madre más que a Mí, no es digno de mí; y el que ama hijo o hija más que a mí, no es digno de Mí. Y el que no toma su cruz y sigue en pos de Mí, no es digno de Mí (Mateo 10-37 y 38).

Sr. Ordóñez.—Sí, pero la salvación no consiste en exterioridades. Yo puedo amar a Cristo en mi casa, y si soy elegido por Dios y nacido de nuevo, no he de perderme por el mero hecho de no asistir a los cultos.

Pastor.—No he de negarle la doctrina de la perseverancia de los santos, aunque es un misterio teológico que probablemente no llegaremos a comprender del todo hasta que nos hallemos en la presencia del Salvador. Pero sí le diré que no puede ser verdadera ninguna doctrina que tienda a apartarnos de nuestra fidelidad a El, o lo más probable es que no será acertada nuestra interpretación de tal doctrina.

Sr. Ordóñez.—Pero, si soy un elegido, entonces...

Pastor.—Si usted es un elegido, se manifestará por sus frutos, por su amor a Dios y a todo lo que es de El. Si esto falla de un modo absoluto, es señal de que usted no ha sido verdaderamente cristiano y está en el camino de perdición. "Examinaos a vosotros mismos, si estáis en fe", dice el apóstol (2.ª Corintios 13:5). Pues la verdadera fe no es un conocimiento del intelecto (esta clase de fe la tie-

nen los mundanos y aun los demonios), sino un sentimiento del corazón que mueve la vida y la conducta. Su misma actitud presente, su apatía espiritual, ha de ponerle en guardia a usted mismo acerca de la calidad de su fe. Indudablemente, ha vivido usted engañado. La fe no consiste en exterioridades, pero se muestra en el exterior. "Muéstrame tu fe sin tus obras y yo te mostraré mi fe por mis obras", dice Santiago (Cap. 2 vers. 18). "Arrepiéntate y haz las primeras obras", dice también el Señor, sino vendré presto a ti y quitaré tu candelero de su lugar" (Apocalipsis 2:5). ¿No ve usted cómo el Señor da importancia a nuestros actos externos como evidencia de nuestra fe?

Sr. Ordóñez.—Es verdad, ¡habla de nuestras obras de un modo muy grave y solemne!

Pastor.—¿Cuáles eran sus primeras obras cuando conoció al Señor? Entonces no habría usted dejado por nada del mundo la Casa de Dios, donde hallaba tanto deleite. Si es un alma realmente regenerada por el Espíritu Santo, su actitud y sus obras no cambiarán jamás; si desfallece, ha de levantarse. Si abandona las primeras obras, es que la Buena Nueva del Evangelio cayó en su corazón como la semilla en los pedregales de la parábola. Sus primeras obras transitorias de nada le servirán y su fe intelectual, el mero conocimiento del Evangelio que usted adquirió durante aquel período de su vida en que se acercó a las cosas eternas, y aun se gozó en ellas, no le ha de beneficiar, sino al contrario, ha de serle causa de más terrible condenación en el último día, pues está escrito: "El que perseverare hasta el fin éste será salvo" (Mateo 24: 13). "Ninguno que poniendo su mano al arado mira atrás es apto para el Reino de Dios" (Lucas 9: 62). Y aún más: "Si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la Verdad, ya no queda sacrificio para el pecado, sino una horrenda esperanza y hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios" (Hebreos 10: 26-27).

Sr. Ordóñez.—Me deja usted muy preocupado, señor pastor, pues, claro está, no quiero perder mi alma. De ningún modo quisiera sacrificar la vida eterna por un bien pasajero; yo veo que estaba excesivamente confiado en la misericordia de Dios, creyendo que habría de bastar el propósito de no dejar del todo mi fe y de volver algún día a la iglesia. Ahora entreveo el peligro y le doy muchas gracias por su advertencia.

Pastor.—No hago más que cumplir con mi deber en beneficio de su propia alma. Al enemigo no le importa mucho que usted mantenga en su corazón los mejores propósitos, con tal que queden en este terreno y nunca se conviertan en realidades. El sabe muy bien que si usted continúa por algún tiempo alejado de Dios y privando a su alma del alimento espiritual que necesita, tales propósitos desaparecerán del todo, o se habrán debilitado tanto que no ofrecerán obstáculo alguno a sus planes de perdición para su alma. Por esto le permite alentarlos ahora para aquietar su conciencia en los primeros tiempos de su apostasía, bien seguro de su victoria final. El diablo tiene una larga experiencia sobre estos asuntos y nunca se impacienta.

Sr. Ordóñez.—Pues, ¿qué he de hacer? ¿Qué me aconseja usted, señor pastor?

Pastor.—El remedio más eficaz es despertar a tiempo y dar la cara a los obstáculos, siendo fiel a

su Salvador, cueste lo que cueste. Ello no significa ser desconsiderado y brutal para con los suyos, sino solamente mostrar una resolución tan absoluta en todo lo que se refiere a las cosas de Dios, que todos ellos entiendan que usted ha puesto al Señor en el trono de su corazón y nadie lo hará descender de allí. Este es el mejor medio para librarse muy pronto de las dificultades que le rodean. Créalo usted, porque tal es el resultado de la experiencia, que este método es infinitamente mejor que el de contemporizar con sus opositores, alentando la esperanza de que otro día podrá hacer lo que hoy no puede. Este día de circunstancias favorables apenas llega nunca para el alma que una vez dió la espalda a su Señor. Usted no sabe si llegará a ver tales circunstancias favorables, o si cuando lleguen, habrá cambiado de tal modo que no le quedará fuerza moral ni deseo de aprovecharlas. Viva para Cristo hoy y deje el mañana, que no le pertenece, si quiere que este mañana le traiga la aprobación y bendición del Señor.

Sr. Orbóñez.—Sus palabras son como una brasa ardiente sobre mi corazón, me dañan y me hacen bien a la vez. Déjeme reflexionar sobre ellas y no se olvide de orar por mí.

Pastor.—Le prometo no olvidarle de ningún modo. Que Dios le bendiga.

VI

TIBIEZA

La tibieza es la carcoma de las iglesias; una plaga fatal. Existen en las agrupaciones cristianas creyentes formalistas, que se creen perfectos, modelos acabados de santidad, que poco o nada tienen que aprender como cristianos porque lo saben todo. De ahí que no juzguen necesario participar en los cultos, por lo menos asiduamente. Uno de estos cristianos tibios era D. Clemente, a quien, naturalmente, su pastor preocupado por el estado de su alma no dejó de visitar.

Pastor.—Veo que usted vive muy alejado de la iglesia, y es una lástima porque su colaboración y presencia nos son siempre preciosas.

D. Clemente.—Me parece qus usted me juzga mal, y me temo que ello sea por lo que malas lenguas han dicho de mí; debe usted saber que yo no me he separado de los cultos para entregarme a la vileza del pecado. Llevo una vida moral y cristiana, mejor que muchos. Solamente que no veo para qué he de concurrir a todos los servicios de la iglesia después de conocer perfectamente la doctrina evangélica. Que vayan los que todavía no son salvos o están en el principio de la vida cristiana. Para estos es mucho más necesario que para los que ya sabemos de memoria lo que va a decir el predicador. Yo he oído de ciertos cristianos que so-

lamente acuden a su iglesia cuando es visitada por algún orador de renombre.

Pastor.—Permítame decirle, amado hermano, que tal alegación me prueba la flaqueza de su vida espiritual. Usted no debe tomar como ejemplo a ciertos cristianos nominales que "tienen nombre de que viven y están muertos", sino a los que tienen una vida espiritual robusta, a los que viven y andan muy cerca de su Salvador.

Un verdadero cristiano, en su estado normal, no puede sentir cansancio de los cultos. En primer lugar, porque no vamos allí tan solamente a escuchar una conferencia religiosa, sino a adorar a Dios. El canto, las oraciones, el ambiente todo del lugar, es de adoración, gratitud y alabanza al Dios Trino que nos creó, redimió y mantiene en su gracia. ¿Cree que no es de gran importancia el que usted tome parte personalmente en este homenaje que la congregación de los redimidos tributa a nuestro gran Dios y Salvador?

D. Clemente.—En verdad, nunca lo había considerado de este modo.

Pastor.—Usted debe este homenaje al Señor, especialmente en el día que ha reservado para sí. "Seis días trabajarás y harás toda tu obra, y el séptimo será reposo a Jehová tu Dios" (Exodo 20:9). El reposo que Dios ordenó no lo dispuso para que usted y yo tuviéramos mejor oportunidad de dedicar este día escogido por El al deporte, las excursiones, la caza, la pesca o las diversiones mundanas, sino para que pudiéramos adorarle y ocuparnos de sus cosas. Es deber de todo cristiano procurar que sus placeres legítimos no le priven del gran privilegio de adorar al Señor, en su día, en compañía de sus hermanos.

En tercer lugar, usted debe hallarse en el culto de predicación del Evangelio, aunque éste no le sea desconocido, aunque piense que nada nuevo puede aprender en él, para apoyar con su presencia el mensaje y orar por los inconversos. Si le interesa la salvación de nuevas almas, por las cuales Cristo murió, no debe dejar este trabajo sólo al predicador. Supóngase que la gran mayoría de los miembros de la iglesia hiciesen este mismo propósito ¿qué impresión recibirían los nuevos asistentes al culto al hallarlo vacío?

Quizá usted no pueda predicar, pero recomienda el mensaje a los nuevos oyentes con su asistencia y fiel participación en los actos del culto. No debe negar al Señor y a su Iglesia esta colaboración suya en la gran obra de salvar almas, sino por alguna imposibilidad bien justificada. Dios se lo pide, y usted no puede negárselo.

D. Clemente.—Es que cuando usted se va a otros pueblos, el púlpito es ocupado a veces por predicadores de los que se aprende muy poca cosa.

Pastor.—Tampoco es motivo para que usted se retraiga de los cultos. Deber suyo y de la iglesia es procurar que en ella se den los mejores mensajes, dentro de lo posible. El púlpito es un lugar demasiado importante para cederlo ligeramente a hermanos poco capacitados con el fin de complacerles. Pero si no hay otros mejores a mano, debe creer que el Señor puede inspirar aun a estos hermanos sencillos, mensajes que hagan bien a su alma, como sin duda lo han hecho muchas veces.

D. Clemente.—No lo niego; pero no es lo más frecuente.

Pastor.—Para evitar esta tragedia de ver un

lugar tan importante ocupado por personas poco preparadas, el Señor ordenó que los que reciben beneficios espirituales de la predicación contribuyan con sus bienes materiales para el sostenimiento del ministerio. Usted no tiene derecho a quejarse de los mensajes que se dan en su iglesia si su contribución a la colecta es escasa. Por el contrario, debe tomar una parte activa en los asuntos administrativos de la misma, recomendando a los oficiales de la iglesia aquellas iniciativas que usted considere más a propósito para mejorar los cultos como, por ejemplo: invitar periódicamente a predicadores de otras iglesias, o a un buen evangelista para que celebre reuniones especiales, u otras tantas cosas buenas que la iglesia podría llevar a cabo, fácilmente, para la gloria de Dios, si contara con recursos para ello; pero jamás un buen miembro de la iglesia se retraerá de ella a causa de la deficiencia de sus servicios religiosos. Sería como si un miembro de la familia dejara de trabajar por no poder, a causa de la carestía, alcanzar su hogar el nivel de vida en que otras familias viven. Tal recurso no haría sino empeorar la situación. Piense que la obra es de Dios y merece, por lo tanto, la colaboración de todos los miembros, por pequeña y humilde que sea, jamás su retraimiento.

D. Clemente despidió al pastor con gran afabilidad, prometiéndole asistir el próximo domingo a un culto especial que éste le encareció. Se podía notar que las palabras del servidor de Dios habían hecho mella en su corazón. Su conciencia cristiana no hallaba réplica posible a tales argumentos; por esto se sentía un tanto confuso y avergonzado.

VII

RETORNO A LA IGLESIA CATÓLICA

Para algunos cristianos experimentados que conocían al señor Palau, era algo dudoso que este caballero hubiese sido realmente convertido, aunque era un gran entusiasta de la religión Evangélica. Muchos habían notado que en su modo de exponer el Evangelio parecía desconocer el gozo, la paz y la seguridad de la Vida Eterna de que disfrutan los verdaderos cristianos. Parecía más bien haber sido persuadido intelectualmente de que el Cristianismo Protestante es una religión superior a la Iglesia Católica Romana; más clara, más democrática, más de acuerdo con la razón y la conciencia. Por esto la había abrazado con admiración, y la propagaba a su manera con celo y buena fe, hasta que la oposición se dejó sentir. Fué objeto de amenazas, de coacciones, perdió amistades de influencia, y se le cerraron muchas puertas. Entonces dejó de asistir poco a poco a los cultos, y se supo que concurría de nuevo a la Iglesia Católica. Su pastor fué a visitarle, y un tanto avergonzado por su inconsecuencia, fué, sin embargo, bastante franco para declarar:

Sr. Palau.—La verdad es que el ser cristiano

evangélico está costándome ya demasiado. He venido a reconocer lo que muchos de mis amigos están diciéndome: que no se puede ser protestante en España. En Inglaterra o en los Estados Unidos, sería otro cosa. Por otra parte, ¡quién sabe si vale la pena! Hay también cristianos muy piadosos y sinceros en la Iglesia Católica, cuya fe y amor a Nuestro Señor Jesucristo son dignos de admiración.

—*Pastor.*—No cabe negarlo.

Sr. Palau.—Además, he oído decir a algunos predicadores, que lo que salva no es el pertenecer a esta u otra iglesia, sino la fe en Cristo. También se dice que nuestros antepasados, que no tuvieron la oportunidad de oír predicar el Evangelio en toda su pureza, no dejarán de ser salvos si pusieron su fe en la obra de Cristo, más que en las suyas propias o en las ceremonias de su Iglesia. Yo tengo la verdadera fe en Cristo y puedo salvarme por ella, aunque por las circunstancias me vea obligado a prestar acatamiento a ciertas ceremonias de las cuales disiento. Son muchos los católicos que no comulgan con todas las doctrinas de la Iglesia y que van —como ellos dicen— a misa por Dios nuestro Señor, y no por los curas. Es muy posible, después de todo, que Dios no haga tanta diferencia entre iglesia e iglesia como nosotros hacemos.

Pastor.—Es muy cierto que el Dios y Padre de todos se complace de cualquiera que, dentro de sus propias circunstancias, procura amarle y servirle. Pero el caso es muy diferente entre tales personas y el suyo. Usted conoce claramente la voluntad de Dios y la doctrina del Evangelio, aquéllos no la conocen. Recuerde que Santiago dice: "El pecado está en aquél que sabe hacer lo bueno y no lo hace". (Santiago 4:17). Y el mismo Señor Jesucristo declara: "Si no hubiera venido y les hubiera hablado no tendría pecado, mas ahora no tienen excusa de su pecado" (Juan 15:22).

Ello no significa, de ningún modo, que fuera perjudicial a los hombres el que Jesús viniera a revelarnos a Dios, como tampoco lo es el que su precioso Evangelio sea predicado en su primitiva pureza en un buen número de iglesias evangélicas en nuestra Patria, aunque usted, dada su triste posición espiritual, preferiría quizá no haberlo oído nunca. Sabemos que es inevitable ser, como dice San Pablo: "Para unos olor de muerte para muerte y a otros olor de vida para vida" (2.ª Corintios 2:16), cuando vamos en nombre de Dios predicando el Evangelio a las almas.

De ahí se deduce, según las enseñanzas de la Sagrada Escritura, que usted no puede excusarse tras la irresponsabilidad de los que nunca oyeron el Evangelio; ni tampoco el superior conocimiento de la fe cristiana que usted posee le salvará si no obra en consecuencia con esta fe y según la luz que Dios ha recibido.

Nuestros piadosos antepasados no conocían nada de lo repugnante que es a Dios la idolatría de las imágenes, sea cualquiera el nombre que se le dé; antes al contrario, se les había enseñado como un inexcusable deber para agradarle; usted conoce la voluntad de Dios sobre este particular. Tampoco podrá olvidar jamás cómo el apóstol San Pedro hizo levantar a Cornelio de delante de sí cuando a sus pies se arrodillaba; o cómo condenó a Simón el Mago por ofrecerle dinero a cambio de un don espiritual. ¿Qué le diría su conciencia cuando se

viera obligado a consentir o a practicar todas estas cosas abominables para Dios en aquella iglesia a la cual se propone volver?

Aunque se trata de una profecía simbólica, no es necesario tener demasiados conocimientos de historia para reconocer a quién se refiere el Señor en los capítulos 17 y 18 del Apocalipsis, cuando advierte: "Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis participantes de sus pecados y que no recibáis de sus plagas, porque sus pecados han llegado hasta el cielo y Dios se ha acordado de sus maldades (Apocalipsis 18; 4).

La iglesia en la cual usted pretende entrar de nuevo, considerándola una iglesia de Dios, porque en ella hay ciertamente algunas almas piadosas y amadas del Señor, aunque ignorantes de su voluntad, es una potente organización eclesiástica, de tipo humano, sobre la cual pesan terribles crímenes. Y lo peor es que todavía no ha expresado acerca de ellos ninguna clase de arrepentimiento ni condenación, como lo han expresado las iglesias evangélicas en aquellos pocos casos en que ellas, a pesar de la mayor luz recibida, cayeron también "en un error que fué el de su siglo": (1) el de la Intolerancia Religiosa. Esta iglesia sigue su camino con

(1) He aquí el texto de la lápida que se lee en el monumento levantado a la memoria de Miguel de Servet en el barrio de Champel, en Ginebra.

"El 27 de octubre de 1553 murió sobre la hoguera de Champel, Miguel Servet, de Villanueva de Aragón, nacido el 29 de septiembre de 1511.

Hijos respetuosos y agradecidos de Calvino, nuestro gran reformador, pero condenando un error que fué el de su siglo, y firmes partidarios de la Libertad de Conciencia según los verdaderos principios de la Reforma y del Evangelio, hemos levantado este monumento expiatorio el 27 de octubre de 1903".

impertérrito orgullo, basado en su potente organización humana, desoyendo las voces que la aconsejan examinar la historia de sus propios dogmas y de sus innovaciones religiosas a la luz de la Palabra de Dios. ¿Con qué objeto pretende, pues, usted ir a ella? ¿Será para que Dios le haga responsable de aquellas cosas pasadas y presentes, de las cuales se hace solidario por su asentimiento, después de haber tenido un más claro conocimiento de la Verdad?

En el imponente monumento a la Reforma, que ocupa más de un centenar de metros en uno de los parques públicos de la ciudad de Ginebra, puede leerse sobre las figuras gigantestas de los principales reformadores, en letras de gran tamaño, la siguiente inscripción: "Post tenebras lux" (Después de las tinieblas luz). Tal es el sentimiento que los millones de cristianos evangélicos salidos del Romanismo han tenido al escuchar las Buenas Nuevas de plena salvación por Cristo, tal como nos son comunicadas por el Evangelio. Usted lo experimentó también. ¿Querrá ahora seguir la trayectoria inversa, volviendo de la luz a las tinieblas? Dios le libre de tan suicida determinación. Recuerde los millares y millares de mártires que dieron sus vidas en siglos pasados para no rendirse a los errores de aquella Iglesia que abandonaron a toda costa, tras madura reflexión de las terribles consecuencias que seguirían, pero obligados en sus conciencias por las claras enseñanzas de la Palabra de Dios. Usted no se halla, ni con mucho, en semejante situación; ninguna hoguera inquisitorial le amenaza. Cuando millares de personas lo dieron todo por el privilegio de obedecer la voluntad de Dios ¿rehusará un pe-

queño esfuerzo para afrontar sus dificultades?

Como el apóstol a los Hebreos, permítame decirle: "Pero de vosotros, oh amados, esperamos mejores cosas y más cercanas a salud, aunque hablamos así. Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado a su nombre..., mas deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el cabo para cumplimiento de la esperanza" (Hebreos 6: al 11).

Sr. Palau.—Usted lo ha dicho bien. ¡Ojalá que nunca hubiese oído yo el Evangelio!

Pastor.—Yo no he dicho esto, sino que temía que usted viniera a decirlo, pues ésta es la más triste declaración que un ser humano puede hacer. Pero ¿por qué lo dice?

Sr. Palau.—Porque antes era yo un ateo, llevando el nombre de católico que me dieron mis padres, y estaba tranquilo. Me había persuadido a mí mismo de que no hay Dios ni cielo ni infierno; juzgaba la religión como un medio de infundir sentimientos morales al pueblo. Entonces nadie estaba contra mí a causa de mi oculto ateísmo, ni yo me sentía turbado en mi conciencia. Me había conformado con la triste idea de que no somos nada en el mundo y esperaba resignadamente la muerte para dejar de ser.

Pero hoy ya no puedo pensar de la misma manera. No puedo olvidar lo que en su iglesia y de sus propios labios he aprendido acerca de las evidencias de la religión cristiana. ¡Creo y no sé si podré dejar de creer!, pero temo que Dios me castigue por ser infiel a la luz que he recibido... Si no puedo salvar mi alma siendo cristiano con la mayoría,

temo que no pueda serlo de ningún modo y ¿qué será entonces de mi alma?

Pastor.—Usted ha dicho una preciosa frase que llena mi corazón de esperanza. Dice que cree en Dios; ésta es la base primordial; pero le falta aún mucho. Me temo que se precipitó usted demasiado al entrar en contacto con el Cristianismo Evangélico. Quiso, según la parábola de Jesucristo, levantar una hermosa torre sin contar con el coste de ella (Lucas 14:28). No se aparte, empero, del fundamento; ore a Dios y El le dará más luz. Cuando el Santo Espíritu de Dios haya entrado en su corazón y Cristo sea, más que un Maestro ideal o el Salvador de toda la Humanidad, su propio y querido Salvador, ningún sacrificio le parecerá demasiado costoso para agradarle. Tenga confianza; yo oraré también a Dios por usted.

VIII

DISPARIDAD DE CRITERIO CON LA MAYORÍA DE LA IGLESIA

El señor Rodríguez no va a la iglesia por no estar conforme con su disciplina. Es una de estas personas descontentadizas, meticulosas, muy apegadas a su propio parecer. Por eso discrepa casi siempre de los demás. Las cosas no marchan bien porque no se le hace caso; según su criterio, debería implantarse una disciplina a rajatabla, sin consideraciones de ningún género. En las asambleas, siempre quiere llevar la voz cantante. Aunque no puede negarse su sinceridad como cristiano, no es la gloria de Dios lo que de ordinario le impulsa, sino más bien su gloria propia y el deseo de figurar o ser tenido como mejor. Cansado ya y malquisto con muchos, opta por retirarse.

Por esto, cuando el pastor, preocupado por su ausencia de los cultos, fué a visitarle, tuvo que escuchar la siguiente catilinaria:

Sr. Rodríguez.—Yo no puedo tolerar estas cosas que ocurren en mi iglesia; ciertos desórdenes que noto. Como los que podrían evitarle imponiendo la disciplina no quieren hacer caso de mí, para no ser objeto de burla en la iglesia he optado por quedarme en casa y no tener más disgustos.

Pastor.—En este caso, permítame que le diga que ha entrado usted por el peor camino que podía escoger. Si notaba defectos en ciertos hermanos, o en el modo de hacer las cosas dentro de la iglesia, sepa usted que con su abstención no cura ninguno de estos males, solamente se perjudica a sí mismo, privándose de las bendiciones espirituales que su alma necesita y que tantas veces ha encontrado en los cultos, según ha reconocido y confesado tantas veces. Tampoco ayuda a la curación de tales abusos, si existen realmente. Los hermanos que usted considera mundanos, es muy posible que se hagan más mundanos por faltarles su testimonio, y usted mismo, créalo, está en peligro de descender de su posición por tal apartamiento, y, al enfriarse espiritualmente por falta de aquel calor espiritual que resulta de los cultos, es más que posible, seguro, que usted se hará también mundano en alguna forma, quizá diversa de la de ellos, pero no menos desagradable al Señor. Podría referirle casos bien concretos y muy tristes de personas que llegaron al más lamentable estado de apostasía y total apartamiento del Señor, habiendo empezado con un propósito o excusa, al parecer loable, de protestar contra mundanidad o desvío de su iglesia, sin darse cuenta de que su orgullo y amor propio convertía en gigantes los molinos de viento, y que el Enemigo de su propia alma andaba muy activo avivando el fuego de aquel supuesto celo religioso, con el solo propósito de arruinar el alma del propio celador.

Sr. Rodríguez.—Pero, entonces, un cristiano digno ¿debe mirar con indiferencia que anden mal las cosas en su iglesia: que cada uno haga lo que le

dé la gana, o que se desperdicie el dinero del Señor?

Pastor.—De ningún modo. Usted y cada miembro de la iglesia tiene el derecho y el deber de expresar su opinión al pastor, a los ancianos o diáconos de su congregación acerca de aquellas cosas que usted cree se podrían hacer, rectificar o mejorar. También tiene el deber de emitir su opinión y su voto en los asuntos que sean puestos ante la consideración de la iglesia, pero una vez hecho esto, ha cumplido con su deber, salvando su responsabilidad. Lo que nunca puede ni debe creer es que su opinión haya de prevalecer, por ser usted quien es, ni debe darse por ofendido si su voto viene a quedar entre la minoría, sino que ha de acatar y colaborar lealmente en los acuerdos de la mayoría, aunque personalmente esté persuadido de que aquello no es lo mejor.

El mejor modo de ganar crédito e influencia para que sus buenos y piadosos propósitos sean aceptados en otra ocasión por la mayoría de la iglesia, no es retrayéndose ahora de los acuerdos de aquélla, sino colaborando en ellos de todo corazón y alegremente. Esta es la largura de ánimo con gozo" que recomienda el apóstol a los Colosenses 1:11; mientras que la estrechez de ánimo que procede del amor propio, además de amargarle la vida, le restará prestigio ante los ojos de sus hermanos, haciéndole inservible en la obra del Señor. E indudablemente la peor estrechez de ánimo es aquélla que lleva a un miembro de la iglesia al extremo de apartarle de los cultos. Usted debió "abofetear al diablo en la cara" cuando le insinuó por vez primera que éste era un buen medio para hacer ostensible su protesta a los hermanos; reconociendo

que tal insinuación era el peor engaño del Enemigo de las almas en perjuicio de la suya propia.

Sr. Rodríguez.—Me está usted haciendo pensar lo que hasta ahora no se me había ocurrido, que en mis mejores deseos para el bien de la iglesia y la gloria de Dios puede mezclarse una mente carnal. Comprendo que el retirarme de los cultos no haría ningún bien a mi propia alma, ni daría con ello buen ejemplo a mis hermanos débiles, o a los recién convertidos de la iglesia. Por amor al Señor y a ellos, le prometo asistir de nuevo... y... se me ocurre una idea: en lugar de andar disputando con mis hermanos antiguos a quienes Dios y no yo ha de juzgar, procuraré granjearme la amistad de algunos nuevos convertidos, a fin de impartirles un sentir espiritual profundo y una consagración completa al Señor y su obra.

Pastor.—Me alegro y le felicito mucho por tan acertada determinación, que el Señor le premiará; pero permítame hacerle una advertencia: al llevar a cabo tal propósito, evite fijar la atención de estos hermanos en los defectos de otros creyentes, pues el espíritu de murmuración les mantendría en un bajo nivel espiritual. Procure poner tan sólo ante sus mentes y corazones ejemplos estimulantes de grandes cristianos. Si ellos mismos vinieran a referirse a tales defectos, en lugar de ponderarlos maliciosamente (quizá con el buen deseo de apartarles de aquellas cosas que usted juzga censurables), demuéstreles que no puede esperarse una uniformidad absoluta en el jardín espiritual de Dios, como no la encontramos tampoco en la Naturaleza. Hágales comprender cuán bueno será para ellos alcanzar, desde el principio de sus vidas, gran robustez espi-

ritual, sin extrañarse de que otros vivan una vida espiritual más raquítica y sin tratar de menospreciarles por ello. Evite el espíritu farisaico, que les haría, en vez de grandes santos, grandes hipócritas, pues tales sentimientos serían una gran rémora para su progreso y crecimiento en la gracia.

Sr. Rodríguez.—Agradezco sus consejos y aunque reconozco que ha de costarme proceder con una táctica tan delicada, lo intentaré con la ayuda de Dios.

El pastor salió complacido de aquella visita, alentando la esperanza de que los profundos sentimientos cristianos del señor Rodríguez acabarían por modificar aquel carácter difícil e intratable, que tantas dificultades había originado desde su ingreso en la iglesia.

IX

RENCILLAS PERSONALES

Una de las misiones más difíciles y espinosas para un pastor de almas es componer las diferencias que a veces existen entre algunos miembros de la iglesia. Estas diferencias surgen en ciertas ocasiones hasta en miembros de una misma familia. La murmuración, el querer saber todo lo que pasa entre los demás y el ansia de darlo a conocer, es un semillero de discordias que produce los mayores estragos en las comunidades cristianas. Personas hay que andan merodeando de acá para allá, a la caza de noticias frescas, con el fin de saber lo que dijo éste para comunicarlo a sus amistades confidencialmente, eso sí. Y casi siempre acontece que estas cosas, abultadas y exageradas, llegan a conocimiento de todos con el natural desprestigio de los interesados, que terminan por malquistarse con sus detractores, rompiendo toda relación con ellos. De ahí nacen las enemistades y malquerencias entre aquellos miembros que, como hermanos, deberían amarse en Jesucristo.

Oigamos cómo se expresa a este propósito don Pedro en una de las visitas que le hizo su pastor.

D. Pedro.—Yo nada tengo contra la iglesia, ni contra sus conductores; pero hay una persona in-

digna, que yo no considero cristiana, que me ha ofendido gravemente, y me ha dicho muchas veces, si no con palabras, con su actitud y desprecios, que yo no hago ninguna falta en nuestra Congregación. Una vez dijo a cierta persona que todos se sentirían muy felices y descansados si yo dejara de asistir. Me he quejado varias veces; pero usted es demasiado bueno y solamente sabe darme buenos consejos, sin hacer justicia, y he decidido abstenerme de los cultos. Lo hago con gran sentimiento de mi parte, créalo; pero sería contra mi honor obrar de otra manera; sería demostrar que no tengo dignidad. Además, he de confesarle que ya no me hacen ningún bien las mejores predicaciones por la presencia de aquella persona tan indigna; su hipocresía me hace subir la sangre a la cabeza cada vez que la veo; por esto, me acerca más al Señor quedarme en casa con mi Biblia y allí leer y orar a Dios.

Pastor.—En esto sí que lo veo equivocado y en un triste estado, querido hermano, pues está cultivando usted el espíritu de odio en su corazón. ¿Debemos tener presente con qué énfasis el Nuevo Testamento nos enseña a perdonar? "Si amareis a los que os aman —dice el Señor— ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen así también los gentiles? Mas yo os digo: "Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os ultrajan y os persiguen (Mateo 6:15).

D. Pedro.—No olvido, no, señor pastor, estas palabras de Jesucristo, pero creo que El se refería a los enemigos de fuera de la iglesia, a los cuales hay que ganar con nuestro ejemplo; pero no a los

falsos hermanos, a los hipócritas, como este sujeto que ha hablado contra mí. Tolerar a tales personas sería no tener dignidad ni amor propio. Yo no soy de esta clase de personas, que dejan arrastrar su dignidad por los suelos. ¡Conmigo que no se atreva nadie, porque no he de permitirlo...!

Pastor.—Pues he de decirle que se halla usted totalmente equivocado en su concepto de dignidad. Usted demostrará mucho mejor su grandeza de espíritu perdonando al hermano que le ha ofendido y no haciendo caso alguno de sus inmotivadas ofensas que con ostentar su enojo por tal causa. No haga tanto honor a este hermano incomprensivo hasta el punto de modificar su actitud y conducta en asunto tan esencial para el bien de su alma como es la asistencia a la iglesia. ¿No comprende que con tal proceder el mayor perjudicado viene a ser usted mismo?

D. Pedro.—Cierto, yo no quisiera de ningún modo tener que dejar la iglesia, pero como parece que usted no ha tomado el asunto con el calor debido, dando así la razón a este cristiano hipócrita, yo no veo otro recurso que el de adoptar esta actitud para mí tan sensible.

Pastor.—Permítame hacerle una aclaración muy necesaria. El no hacerse partidario en una querella personal no significa, de modo alguno que su pastor, dé la razón al otro hermano, sino todo lo contrario. No debe extrañarle que un servidor de Dios que se sienta responsable, no de una, sino de muchas almas, puestas bajo su cuidado, rehuse entablar una pelea con este hermano poco comprensivo, sin que ello signifique que no lo haya exhortado en los mismos términos que usted mismo. Debe

hacerse cargo de que, como decía Spurgeon, hay plantas de todas tallas y tamaños en el jardín de Dios, y es natural que un buen obrero del Señor trate de cultivar aun la planta más débil sin arrojarla de la iglesia con una severa reprensión que es incapaz de soportar, solamente para que usted sea complacido en su amor propio. Ayude a su pastor y a su iglesia soportando como "más firme" las flaquezas de los flacos (Romanos 15:1).

Debe considerar, por otra parte, que al tomar tan al pie de la letra las palabras desconsideradas del hermano, no solamente se perjudica usted a sí mismo, sino que está concediendo más autoridad a aquel miembro que a su pastor y a todos los demás fieles de su Congregación. Es como si dijera al pastor, y al Consejo de su iglesia y al pleno de la misma: "Yo reconozco y declaro al hermano tal (su ofensor) como único dueño y señor de esta Iglesia y obedezco sus indicaciones. Todos ustedes deben imitarme y ponerse a las órdenes de este gran hermano, como yo lo he hecho".

D. Pedro.—Oh, no, de ningún modo ¡pobre Iglesia si tal ocurriera!

Pastor.—Pero usted empieza dando el ejemplo, puesto que hace más caso de la palabra o actitud de un solo miembro de la Iglesia que de la del pastor y de todos los demás hermanos en Cristo, quienes le aseguran amarle, y oran a Dios por su restablecimiento espiritual. ¿No le parece irrazonable tal actitud mirándola sin pasión alguna?

D. Pedro.—Pero es que, no se trata ahí de uno solo, sino de varios que han sido influídos contra mí, y ya no soy bien mirado por ellos. A mí no me gusta ver caras largas. Para esto me quedo en casa.

Pastor.—Eso es exactamente lo que Satanás se propone y usted le concede. ¿No ha leído el capítulo 13 de Corintios que dice "El amor todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta, el amor nunca deja de ser"? Si tiene el verdadero amor de Cristo en el corazón, poco le importarán las caras largas de los hombres, puesto que usted irá a la capilla, no para complacer o ser bien visto de éstos, sino para adorar a su amado Salvador. Si tiene puestos los ojos en Jesús, no podrá apartarlos para mirar a un lado y otro a los que le rodean. Tendrá bastante ocupación en "contemplar la hermosura del Señor e inquirir de El en su templo (Salmo 27-4).

Lo más probable es que estos hermanos a quienes usted acusa de indiferencia y desamor hacia usted, más que enojados contra su persona, se hallan intimidados por su propia actitud. Aunque desconozco los detalles de su contienda, permítame decirle, dada mi larga experiencia, que esto es lo que ocurre en el noventa y nueve por ciento de los casos. No es que los hermanos no quieran hablar a un creyente que se ha mostrado resentido por algún motivo; lo que sucede, no pocas veces, es que no saben cómo hablarle para que sus palabras no sean interpretadas como una indirecta, o una ironía. Por esto se callan o le saludan secamente al pasar por su lado. Vaya usted a ellos y salúdeles con cariño; empiece usted la conversación y quedará asombrado de cómo le responderán Entonces se dará cuenta de que aquella mala voluntad que usted creía observar en ellos era pura imaginación. Era más timidez que enojo lo que ellos sentían en su presencia.

D. Pedro.—Quizá tenga algo de razón.

Pastor.—Me alegro de que así lo reconozco, amado hermano. ¡Pruébelo, pues, por amor a Dios y a su alma! ¡Pruébelo, aunque sea un poco difícil al principio! ¡Pruébelo para cumplir las insistentes recomendaciones y mandatos del Nuevo Testamento! Recuerde que nos dice nuestro Salvador y Maestro, Jesucristo: "Si no perdonareis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre Celestial os perdonará vuestras ofensas" (Mateo 6:15).

¿No quiere tener el privilegio de ser el primero en perdonar? El Señor lo tendría en gran estima y usted se sentiría extraordinariamente satisfecho cuando viera que, por un momento de decisión de su parte, logró borrar un largo y enojoso rencor, obteniendo una dulce sonrisa y palabras de amor fraternal de estas mismas personas que usted considera ahora como enemigas.

D. Pedro.—¿Y si no ocurriera como usted supone?

Pastor.—Si no fuera así, si recibiera usted una respuesta áspera, tanto mayor será el mérito de su parte y más grande el aprecio que su noble actitud merecerá de Aquél que todo lo ve y conoce. Compadezca, en tal caso, al hermano flaco que no ha alcanzado todavía aquella medida de gracia y plenitud espiritual, donde no caben el odio y el rencor. Compadézcale y ore por él.

Reconozca que la iglesia militante no es un club de santos, sino una clínica espiritual, donde almas malheridas por el pecado, como el samaritano de la parábola, están recobrando la salud moral. No extrañe, pues, que algunos se hallen poco avanzados en el proceso de la gracia; que otros conserven muchas tendencias del viejo hombre. No aspire a lo imposible, ni se apresure a decir de tales miembros atrasados, débiles, o simplemente incomprensivos, que no son cristianos. Procure, por el contrario, darles un ejemplo de tolerancia y comprensión cristiana que les haga reflexionar y les ayude a avanzar en el camino de su progreso espiritual.

D. Pedro.—Es muy difícil lo que usted acaba de decirme; pues aunque todos comprendemos la razón de tales consejos, y nos sabemos de memoria los textos que usted me ha citado, son muy pocos los cristianos que saben llevarlos a la práctica de un modo completo. Recuerde sino los casos del señor X. con el señor Z. y de la señora H. con la hermana R. Acuérdese de...

Pastor.—Sí, me acuerdo perfectamente, pero permítame decirle que también hay bastantes casos en que, por la gracia de Dios, los cristianos tienen fuerza moral para cumplir los preceptos del Evangelio, perdonando a sus adversarios y volviendo bien por mal; solamente que de los referidos actos de heroísmo interior apenas se entera nadie. sino Dios y los que son protagonistas de ellos; mientras que los escándalos y querellas son propagados a son de bocina por el interés que despiertan en el mundo.

D. Pedro.—Es verdad, lo reconozco, y mil gracias le doy por la luz que acaba de poner en mi alma. Yo no me daba cuenta de que este odio que la conducta de aquel hermano incomprensible ponía en mi alma estaba llevándome muy lejos del camino del Señor. Creía que lo principal es tener razón, y como la tenía, juzgaba que podía permitirme el

pecado del odio, o, en otras palabras; que el odio no es pecado cuando es con justicia.

Pastor.—Este es el gran error de muchos cristianos y la más peligrosa insinuación del diablo. El cristiano está en pecado, no cuando odia injustamente, sino cuando deja de perdonar.

Comprendo que es difícil lo que pido de usted, pero no le pido nada que Cristo no haya hecho por nosotros, ni le recomiendo lo que no esté plenamente enseñado y exigido en el Nuevo Testamento.

D. Pedro.—Lo sé.

Pastor.—Lo difícil es precisamente lo que prueba la calidad de nuestro carácter cristiano. No se conforme con ser un tizón arrebatado del infierno, sino quiera hacerse, con la ayuda de Dios, un vaso digno, santificado para los usos del Señor y apto para toda buena obra (2.ª Timoteo 2;21). Sólo así podrá alcanzar, como nos dice San Pedro, una abundante entrada en el Reino eterno. Una entrada honorífica, por haber permanecido firme en las pruebas, victorioso contra el diablo y vencedor de su propio yo orgulloso y pecador.

D. Pedro.—Esto es lo que fervorosamente he deseado siempre lograr, no por mis propias fuerzas, que reconozco son pocas, sino por la gracia de Dios en mí. El me ayudará a obrar como cristiano, cueste lo que cueste.

EPÍLOGO

Desconozco tu caso, amado lector, pero supongo que estará comprendido en alguna de las objecciones y respuestas de esta "CONVERSACION AMISTOSA". Cualquiera que sea tu dificultad, toma en consideración el consejo que te ofrece este servidor de Dios, que está escribiendo y pensando con dolor en las almas que emprendieron la carrera sin llegar a la meta, y anhela que la lectura de este librito sea para tí el toque de alarma que, advirtiéndote del peligro, te mueva a hacer alto en tu camino de perdición.

No permitas por nada del mundo que el Enemigo te haga volver el rostro cuando tal vez te encuentres ya a más de la mitad de tu carrera terrestre, haciéndote perder por un poco de tiempo (y siempre será poco lo que te resta, comparado con la Eternidad) "aquella su gloriosa esperanza, que tiene grande remuneración de galardón" (Hebreos, 10:35).

Aún estás a tiempo. Ora a Dios y reflexiona. Lee con atención el mensaje que sigue del gran servidor de Dios, D. L. Moody, cuya experiencia espiritual le hacía mirar con horror el terrible desenlace de los apóstatas..., los que "una vez fueron iluminados y gustaron el don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo y asimismo gustaron la buena Palabra de Dios y las virtudes del siglo ve-

nidero... y recayeron, a los cuales es imposible el arrepentimiento... crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios, exponiéndole a vituperio" (Hebreos 6;5 y 6).

Pero tú no eres todavía un apóstata sin esperanza. Si todavía tu corazón siente alguna emoción espiritual..., si hay algún deseo en tu alma, como lo demuestra el interés que te has tomado leyendo este libro, es señal que no te hallas todavía en la terrible condición que describe el apóstol en este solemne capítulo... Todavía no estás fuera de la gracia del arrepentimiento y del perdón. Todavía no..., pero estás en inminente peligro de caer en tan terrible estado si no hubiera un cambio en la actitud en que has entrado. Probablemente, te hallas solamente en los primeros pasos del camino de perdición, aquella perdición muchísimo más terrible, según nos declara la Palabra de Dios, que la de quienes nunca llegaron a conocer el Evangelio.

"Pero nosotros no somos tales que nos retiremos para perdición, sino fieles para ganancia del alma", exclamaba el apóstol ante la tragedia de ciertos cristianos hebreos, antes muy firmes en su fe (Hebreos 10;34), cuando los vió tambalearse y en peligro de caer. ¿Has de ser tú uno de tales? ¡No! por amor a Dios y a tu alma. Detente a tiempo. Dios te llama por medio de este libro. Léelo hasta el final, sintiendo que Dios mismo te habla por medio de sus siervos, y haz un nuevo propósito que transforme tu vida, salvando tu eterno porvenir. Una nueva consagración de tu vida a Aquél que murió para redimirte, con el fin de serle mucho más fiel de lo que jamás has sido. Jamás te arrepentirás de tal decisión.

LLAMAMIENTO A LOS APÓSTATAS

Sermón por D. L. MOODY

El famoso predicador
D. L. MOODY,
que fué el instrumento de Dios para la salvación de centenares de millares de almas, en una de las actitudes características de sus predicaciones.

LLAMAMIENTO A LOS APÓSTATAS

Yo sanaré todas sus apostasías; los amaré de pura gracia, porque mi ira se ha apartado ya de ellos.

(Oseas 14:4. Versión moderna)

Hay dos clases de apóstatas. Muchos de los que se creen apóstatas nunca se han convertido, es decir, nunca afirmaron su fe, y por lo mismo nunca la han negado. Tal vez piensen que han perdido la fe, cuando en realidad jamás estuvieron firmes en ella: no eran convertidos, no nacieron de nuevo. A estas personas hemos de tratarlas de un modo distinto a como tratamos a los verdaderos apóstatas. Para ellos van dirigidas estas palabras con el fin de hacerles volver al verdadero camino porque abandonaron el primer amor.

En el Salmo 85:5, leemos: *¿Estarás enojado contra nosotros para siempre? ¿Extenderás tu ira de generación en generación? ¿No volverás tú a darnos vida y tu pueblo se alegrará en ti? Muéstranos, oh Jehová, tu misericordia y danos salud.* Y escuchad ahora lo que dice en el ver. 8: *Escucharé lo que hablará el Dios Jehová, porque hablará de paz a su pueblo, y a sus santos, para que no se conviertan a la locura.*

Nada será tan provechoso para los apóstatas cómo ponerse en contacto con la Palabra de Dios, y para ellos será tan beneficioso el Antiguo como el Nuevo Testamento. El libro de Jeremías contiene algunos pasajes admirables para cuantos se han apartado del verdadero camino. Lo que importa es que oigan la voz del Señor.

Oigamos, pues, al Profeta Jeremías en el capítulo 6:10: *¿A quién tengo de hablar y amonestar para que oigan? He aquí que sus orejas son incircuncisas y no pueden escuchar. He aquí que la palabra de Jehová les es cosa vergonzosa; no la aman.* Tal es la condición de los apóstatas. No aman la palabra, no encuentran en ella deleite alguno. Pero nosotros deseamos hacerles volver al buen camino procurando que Dios cautive su corazón. Léase desde el versículo 15: *Curan el quebrantamiento de la hija de mi pueblo con liviandad diciendo: paz, paz, y no hay paz. ¿Hase avergonzado de haber hecho abominación? No por cierto, no se han avergonzado, ni aún saben tener vergüenza. Por tanto, caerán entre los que caerán; caerán cuando los visitaré, dice Jehová. Así dijo Jehová: paraos en los caminos y mirad, y preguntad por las sendas antiguas cuál sea el buen camino, y andad por él, y hallaréis descanso para vuestra alma. Mas dijeron: no andaremos. Despertaré también sobre vosotros atalayas que dijesen: Escuchad a la voz de la trompeta. Y dijeron ellos: No escucharemos.*

Tal fué la condición de los Judíos que se apartaron de la fe. Habíanse desviado de las *sendas antiguas.* Y tal es la condición de los apóstatas de hoy: hánse desviado del Libro antiguo, de las Sagradas Escrituras. Adán y Eva cayeron por no

haber escuchado la Palabra de Dios para confiar en la palabra del Tentador. La apostasía consiste en apartarse de la Palabra de Dios.

Entraré en juicio

En Jeremías, capítulo 2, pleitea Dios con ellos como pleitearía un padre con sus hijos. Así dijo Jehová: *¿Qué maldad hallaron en mí vuestros padres y tornáronse vanos?... Por tanto, entraré aún en juicio con vosotros, dijo Jehová, y con los hijos de vuestros hijos pleitearé. Porque dos males ha hecho mi pueblo: dejáronme a mí, fuente de agua viva para cavar para sí cisternas, cisternas rotas que no detienen aguas.*

Quisiéramos que los apóstatas se fijaran en una cosa, a saber, que Dios nunca se apartó de ellos, sino que ellos se apartaron de él. Y esto sin razón alguna, pues dice el Señor: *¿Qué maldad hallaron vuestros padres en mí?* ¿No es Dios el mismo que cuando acudisteis a él? ¿Por ventura ha cambiado Dios? Tal vez así lo crea el hombre, cuando en realidad quien ha cambiado es el hombre, no Dios.

Yo preguntaría al apóstata: ¿Qué mal has visto en Dios para que te hayas alejado de él? Según la palabra de Dios, te has cavado para ti *cisternas rotas que no detienen aguas.* El mundo no puede satisfacer a una naturaleza nueva. No hay fuente terrena que pueda dar satisfacción al hombre que ha participado de la naturaleza divina. Honores mundanos, riquezas terrenas, placeres de la tierra, nunca jamás podrán satisfacer a quienes han gustado del agua de la vida y luego se han apartado del

camino del Señor yendo en pos de los refrigerios que pueden proporcionarles las fuentes emponzoñadas del mundo. Estas fuentes se secan y no son capaces de apagar la sed espiritual.

En el versículo 32, leemos: *¿Olvídase la virgen de su atavío o la desposada de sus sartales? Mas mi pueblo se ha olvidado de mí por días que no tienen número.* Tal es la acusación de Dios contra los apóstatas. *Se han olvidado de mí por días que no tienen número.*

Muchas jóvenes han quedado sorprendidas ante esta pregunta: Señorita, ¿piensa usted más en sus zarcillos que en Dios? Y me han contestado: No, señor. Pero al insistir: si usted perdiera alguno ¿no se inquietaría y al momento comenzaría a buscarlo? La respuesta siempre ha sido la misma: Sí, señor. Mas a pesar de haber vuelto la espalda al Señor, jamás se han preocupado de buscarlo.

¡Cuantísimos que antes vivían en comunión diaria con el Señor piensan hoy más en sus vestidos y adornos que en sus almas. El amor no se resigna con el olvido. Madres hay que sentirían desgarrárseles el corazón si sus hijos dejaran de escribirles o de enviarles algún recuerdo afectuoso. Dios también se queja de los apóstatas como los padres se quejan de sus hijos descarriados. *¿Qué mal he hecho para que me abandonara?*

Cosa mala y amarga es abandonar a Dios

Dios dirige las palabras más tiernos y amorosas a los que sin causa le han abandonado. Escuchemos cómo pleitea con ellos: *Tu maldad te castigará y tu apartamiento te condenará. Sabe, pues, y ve cuán malo y amargo es tu dejar a Jehová de los ejércitos.* (Jerem. 2:19).

No hay exageración si digo que he visto volver a centenares de apóstatas al Señor, y al preguntarles si para ellos no había sido cosa amarga dejarlo, no han tenido más remedio que reconocerlo así. Es imposible hallar un verdadero apóstata que, habiendo conocido al Señor, no confiese que es amarga cosa abandonarle. No conozco un texto tan a propósito para conseguir que los extraviados retornen a la casa paterna.

Miremos a Lot. ¿No experimentó él mismo la amargura de su apostasía? Veinte años hacía que vivía en Sodoma sin conseguir que se convirtiera una sola alma a Dios. Prosperaba, sí, delante de los hombres. Los mismos habitantes de Sodoma os dirían que Lot era el ciudadano más digno y la persona de mayor influencia en toda la ciudad. Y, sin embargo, arruinó a su familia. Cosa triste era ver al pobre anciano pasearse por las calles de Sodoma a media noche después de haber amonestado a sus hijos sin conseguir absolutamente nada.

Nunca he visto que la apostasía de los padres no fuera acompañada de la apostasía de los hijos. Estos se burlarán de la religión de sus propios padres. *Tu maldad te castigará y tu apartamiento te condenará.* ¿No sucedió lo mismo en el caso de David? Recordemos sus lamentos: *¡Hijo mío, Absalón, hijo mío, Absalón! ¡Quién me diera que muriera yo en lugar de ti. Absalón, hijo mío, hijo mío!* La ruina moral, más que la muerte de su hijo, fué la que destrozó su corazón de padre.

Recuerdo la conversación que mantuve hasta muy

entrada la noche con un anciano que durante muchos años anduvo errante por las áridas montañas del pecado. Esa noche quiso volver al redil como la oveja descarriada. Oramos juntos al Señor hasta que amaneció la luz espiritual en su alma y se marchó regocijado a su casa. A la noche siguiente, le vi sentado delante de mí en el culto. Creo que jamás he visto persona más triste y desgraciada. Me acompañó a un departamento especial destinado para recibir a las almas acongojadas que buscan la salvación de sus almas. ¿Qué te pasa, le pregunté? ¿Has perdido de vista al Señor? ¿Te han vuelto a atormentar las dudas? Nada de eso, me contestó. He empleado todo el día en visitar a mis hijos descuidando mis negocios. Todos están casados y viven en esta población. Les visité a todos, uno por uno, y todos se burlaron de mí. Este ha sido el día más triste de mi vida. Ahora reconozco el mal que he hecho. He llevado a mis hijos por la vida mundana, y ahora es imposible apartarlos de ella. El Señor le había devuelto el gozo de la salvación, pero no obstante le quedaban las consecuencias amargas de su apostasía.

Tales casos se repiten con harta frecuencia. Muchos de los que vinieron a este pueblo conociendo al Señor, se han apartado de él en su prosperidad. ¿Dónde están ahora sus hijos e hijas? Mostradme a los padres que han abandonado a Dios, y mucho me engañaré si sus hijos no andan por el camino ancho de la perdición.

Siguiendo fiel a mi propósito, quisiera amonestar a los apóstatas. Señalar el peligro en señal de amor. Al principio, se nos mirará como a enemigos; pero los amigos más sinceros son los que dan

la voz de alerta. Israel no tuvo mejor amigo que Moisés. Jeremías, el profeta de las lamentaciones, fué enviado por Dios para avisar a los apóstatas. Pero éstos no le hicieron caso. El pueblo se olvidó de Dios que le sacó de la esclavitud de Egipto llevándole por el desierto a la tierra de promisión. En la prosperidad le abandonaron yendo por sus propios caminos. El Señor les había predicho cuáles serían las consecuencias de su caída. (Deut. 28). Acordaos de lo que efectivamente sucedió. El rey que se burló de la palabra de Dios quedó prisionero de Nabucodonosor, todos sus hijos fueron asesinados; le arrancaron los ojos y atado de cadenas fué conducido a Babilonia y echado en la cárcel. (2 Reyes 25:7). De esta manera cosechó lo que había sembrado. Ciertamente es cosa amarga apostatar, pero el Señor procura su restauración mediante el mensaje de su Palabra.

En Jeremías 8:5, leemos: *¿Por qué, pues, ha apostatado este pueblo de Jerusalén con apostasía perpetua?* (versión moderna). Abrazaron el engaño, no han *querido volverse.* No han querido volverse. Tal fué la acusación que Dios formuló contra ellos.

No han querido volverse

Escuché y oí, no hablan derecho; no hay hombre que se arrepienta de su mal diciendo: ¿Qué he hecho? Cada cual se volvió a su carrera como caballo que arremete con ímpetu a la batalla. Aun la cigüeña en el cielo conoce su tiempo, y la tórtola y la grulla y la golondrina guardan el tiempo de su venida; mas mi pueblo no conoce el juicio de Jehová.

Fijémonos en ésto: *Escuché y oí, no hablan derecho.* En la vida de tales cristianos no encontraréis ni culto doméstico, ni lectura de la Biblia, ni devoción de ninguna clase. Dios inclina el oído para oír, pero ellos cierran los oídos para no escuchar; están muy ocupados en otras cosas que les absorben por completo. Para el apóstata arrepentido que desea ser perdonado no hay palabras más a propósito que las del Profeta Jeremías 3:12: *Ve y clama estas palabras hacia el Aquilón y di: vuélvete, oh rebelde Israel, dice Jehová, no haré caer mi ira sobre vosotros, porque misericordioso soy yo, dice Jehová; no guardaré para siempre el enojo.* Y añade: *Conoce, empero, tu maldad, porque contra Jehová tu Dios has prevaricado y tus caminos has derramado a los extraños debajo de todo árbol umbroso, y no oíste mi voz, dice Jehová. Convertíos, hijos rebeldes, dice Jehová, porque yo soy vuestro esposo, y tomaré uno de una ciudad y dos de una familia y os introduciré en Sión.*

Reconoce empero tu maldad. ¡Cuántas veces he recordado este texto a los apóstatas! *Reconócelo,* dice Dios, *yo te perdonaré.* Recuerdo que en cierta ocasión preguntó un hombre: ¿Quién dijo eso? ¿Se encuentra en la Biblia? Y le señalé el pasaje: *Reconoce empero tu maldad,* después de lo cual cayó de rodillas y exclamó: Dios mío, he pecado. Y Dios le perdonó inmediatamente. Si tú, lector querido, te has apartado del Señor, puedes estar seguro de que Dios quiere perdonarte.

Dice el Profeta en otro lugar: *¿Qué haré de ti, Efraín? ¿Qué haré de ti, oh Judá? La piedad vuestra es como la nube de la mañana y como el rocío*

que de madrugada viene. (Oseas 6:4). Su amor y compasión son admirables.

En Jeremías 3:22, leemos: *Convertíos hijos rebeldes; sanaré vuestras rebeldías. He aquí nosotros venimos a ti, porque tú eres Jehová nuestro Dios.* Vuélvete, pues, a él, y si acudes arrepentido, puedes estar seguro de que te recibirá gozoso y te amará con ternura.

En Oseas 14:1, 2, 4: *Conviértete, oh Israel, a Jehová tu Dios, porque por tu pecado has caído. Tomad con vosotros palabras y convertíos a Jehová (pues él mismo os las dicta) y decidle: quita toda iniquidad y acéptanos bondadosamente y daremos becerros (alabanzas) de nuestros labios... Yo sanaré sus apostasías, los amaré de pura gracia, porque mi ira se ha apartado ya de ellos.* Nótese en todos los pasajes citados cómo siempre se repite la palabra *volveos.*

Ahora bien, si te has desviado, recuerda que eres tú el que te has apartado de él, y no él de ti. Te es necesario salir del abismo de la apostasía por el mismo camino por donde has caído. Y si retornas por el mismo camino donde dejaste al Maestro, allí mismo lo encontrarás.

Cómo tratan los apóstatas al Señor

Si tratáramos a Cristo como a un amigo cualquiera, nunca le abandonaríamos, y no habría apóstatas. Si permaneciera yo en una ciudad durante una semana, no podría por menos de decir adiós a mis amigos. Justamente sería censurado si tomara el tren sin despedirme de ellos. Nunca jamás un apóstata ha dicho adiós al Señor Jesús, o si en-

trara en su casa le diría: Señor Jesús, te he conocido durante muchos años y estoy ya cansado de servirte; tu yugo no es fácil ni ligera tu carga; me vuelvo al mundo, a las ollas de carne de Egipto. Adiós, Señor. Que lo pases bien. ¿Podéis imaginar semejante escarnio? Ni lo habéis oído ni lo oiréis jamás. Pues yo os digo que si entráis en vuestra cámara y cerráis la puerta para tener comunión con el Maestro, jamás le abandonaréis. Vuestro lenguaje, el lenguaje de vuestro corazón, será el de Pedro. *¿Señor, a dónde iremos, pues tú tienes palabras de vida eterna?* (Juan 6:68). Si así le tratarais, no podríais volver al mundo. Pero le habéis dejado como quien se escapa y os habéis olvidado de él a cada paso. No descanséis hasta que Dios os haya devuelto al gozo de la salvación.

Cierto caballero de Cornwall encontró en la calle a un cristiano del que ya sabía que era un apóstata, y le dijo: Dígame usted, ¿no se ha separado de Cristo? Con mucho sonrojo respondió: Sí, señor. Bien, replicó el caballero: ¿Y qué mal le ha hecho? La contestación fueron las lágrimas que resbalaron por sus mejillas.

Leemos en el Apocalipsis 2:4, 5: *Tengo contra ti que has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de dónde has caído y arrepiéntete, y haz las primeras obras; pues sino, vendré presto a ti y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido.* Caen muchos en una grave equivocación con respecto a las primeras obras, porque piensan que siempre han de experimentar las mismas ansias del tiempo de su conversión. Este ha sido un error que les ha impedido conseguir, durante mucho tiempo, la paz de su alma. Nunca sentiréis

las mismas emociones de los primeros días. Dios no se repite. De entre tantos millones como pueblan el mundo, jamás encontraréis dos seres que sean iguales. Encontraréis a veces personas tan parecidas que a primera vista no sabréis distinguirlas, pero si os fijáis bien, pronto notaréis la diferencia. Si Dios quiere devolverte el gozo de la salvación, siempre lo hará a su manera. No intentes señalarle planes a Dios para que conforme a ello, te bendiga, ni esperes la misma experiencia que tuviste hace varios años. Si dejas obrar a Dios, tendrás nuevas experiencias. Si confiesas arrepentido tu pecado diciéndole cómo te has apartado de su camino, él te devolverá el gozo de la salvación.

La caída de Pedro

Quiero llamar vuestra atención acerca de la caída de Pedro y sobre todo de la manera cómo cayó, pues creo yo que todos caen de la misma manera que él. A quienes no han caído todavía les diré: *El que piensa estar firme, mire que no caiga.* (1 Cor. 10:12). Hace ya muchos años, durante los primeros días de mi conversión, creía que si podía perseverar sin caer unos veinte años, desaparecerían todos mis temores. Pero sucede que cuanto más nos acercamos a la cruz, tanto más terrible se nos presenta la batalla. El Diablo se dirige con particular interés a los fuertes. Iba entre los doce apóstoles y escogió como víctimas a Judas Iscariote y a Pedro, el gran apóstol. La mayor parte de los que han caído han sido atacados por el lado fuerte de su carácter.

La Historia nos dice que el único lado que cedió al enemigo en la toma del castillo de Edimburgo fué precisamente por donde las rocas eran más escarpadas y perpendiculares y que, por consiguiente, ofrecía mayores seguridades.

Si hay algún cristiano que se crea capaz de resistir al diablo en algún punto especial, ahí es donde debe vigilar con mayor cuidado, pues allí es donde ciertamente atacará el enemigo de las almas.

Abrahán figura como cabeza de los creyentes, y los hijos de la fe pueden considerarle como padre, y, no obstante, vaciló hasta el punto de negar a su esposa. (Gén. 12). Moisés se distinguía por su mansedumbre, y, sin embargo, se le negó la entrada en la tierra prometida a causa de su impaciencia al decirle a Dios que hablase a la peña para que brotara agua y pudiesen beber los hombres y las bestias. *Oíd ahora, rebeldes: ¿os hemos de hacer salir aguas de esta peña?* (Núm. 20:10).

Distinguíase Elías por su valentía y, sin embargo, se internó un día en el desierto como un cobarde debajo de un enebro pidiendo la muerte, y todo por el mensaje que había recibido de una mujer. (1 Reyes 19). Vivamos, por consiguiente, muy alerta. Todo aquel que se tenga en mucha estima, por muy fuerte que sea, caerá con seguridad. Los seguidores de Cristo debemos pedir constantemente la virtud de la humildad.

Dios hizo resplandecer el rostro de Moisés de modo que otros lo vieran; pero Moisés no sabía que su rostro resplandecía. Cuanto más santa sea una persona, tanto más lo manifestará en su vida y en su conducta cristianas.

Muchas personas hablan de su humildad, pero

si realmente la poseyeran, no hablarían tanto de ella. Un faro no necesita tambor para anunciarse: le basta su luz. El es su propio testigo. Si en nosotros existe la verdadera luz, ella se manifestará por sí misma. Los más piadosos son los que menos alardean de piedad.

No muy lejos de donde yo vivo hay un arroyuelo. Después de una lluvia fuerte, puede oírse desde lejos el ruido de sus aguas; mas al cabo de algunos días, el arroyo recobra su apacible silencio. Cerca de mi casa hay un río profundo, cuyas aguas nunca he oído, a pesar de su curso majestuoso y abundante en todas las estaciones. Debemos tener tanto amor a Dios en nuestros corazones que su presencia se ha de manifestar sin que lo digan nuestros labios.

La presunción de Pedro

El primer paso en la caída de Pedro fué la excesiva confianza que tenía en sí mismo. El Señor le avisó y le dijo: *Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo, mas yo he rogado por ti que tu fe no falte.* (Luc. 22:31, 32). Pedro respondió: *Pronto estoy a ir contigo aún a la cárcel y a la muerte. Aunque todos sean escandalizados en ti, yo nunca seré escandalizado.* (Mateo 26:33). Mas el Señor le avisó diciendo: *Pedro, te digo que el gallo no cantará hoy antes que tú niegues tres veces que me conoces.* (Luc. 22:34).

Por más que el Señor le reprendió, Pedro insistía en afirmar que él siempre estaba dispuesto a seguirle hasta la muerte. La jactancia a veces es precursora de la caída. Por eso debemos andar siem-

pre con mucha prudencia. El astuto tentador nos acecha de continuo, y al momento menos esperado podemos tropezar y caer con detrimento del nombre de Cristo.

El segundo paso en la caída de Pedro fué el quedarse dormido. Si Satanás consigue adormecer a la Iglesia, presto conseguirá lo que pretende. Pedro, en lugar de velar una hora en Getsemaní, quedó dormido, y el Señor le preguntó: *¿Así no habéis podido velar conmigo una hora?* (Mat. 26:40).

Otro paso fué echar mano de las armas carnales, y de nuevo le reprendió el Señor diciéndole: *Todos los que tomaren espada, a espada perecerán.* (Mat. 26:52). Jesús hubo de arreglar lo que Pedro desarregló.

Pedro *seguía de lejos* a Jesús. Poco a poco va alejándose de él. ¡Triste condición la del cristiano que sigue de lejos a Jesús! Cuando se junta con los mundanos y se deja influir por ellos, puedes estar seguro que le *sigue de lejos*, y no tardará en manchar el nombre de la familia cristiana y en herir el nombre de Jesús delante de sus amigos. Será causa de que otros tropiecen y caigan a causa de su mal ejemplo.

Y vedle convertido en amigo de los enemigos de Cristo. Una criada se acerca al valiente Pedro diciendo: *Y tú con Jesús el Galileo estabas.* Pero negó diciendo: *No sé lo que dices.* Y saliendo él a la puerta, le vió otra criada, y dijo a los que estaban allí: *También éste estaba con Jesús Nazareno.* Y negó otra vez con juramento: *No conozco al hombre.* Transcurrió una hora sin que nadie se diera cuenta de su condición, cuando alguien dijo que era galileo alegando que su habla lo manifestaba claramente. *Entonces comenzó a hacer imprecaciones y jurar diciendo: no conozco al hombre. Y el gallo cantó luego.* (Mat. 26:69-74).

Comienza su caída en el pináculo de la presunción y cae rodando paso a paso hasta maldecir y jurar que nunca había conocido a su Señor.

El divino Maestro podría haberse vuelto a él para decirle: Pedro, ¿es posible que tan pronto te hayas olvidado de mí? ¿No te acuerdas de cuando tu suegra estaba enferma de calentura y yo la curé? ¿No te acuerdas de la pesca milagrosa que te hizo exclamar: Apártate de mí, porque soy hombre pecador? ¿No recuerdas que en medio de la tempestad te salvé de una muerte segura? ¿Te has olvidado de que en el monte de la transfiguración con Jacobo y Juan me dijiste: bueno nos es reposar aquí; hagamos tres pabellones? ¿No te recuerdas haber estado conmigo en la Cena y en Getsemaní? ¿Será posible que tan pronto me hayas olvidado? Jesús podía muy bien haberle reprendido su conducta, y, sin embargo, no lo hizo. Se contentó con dirigirle una mirada, y ésta fué tan llena de amor y misericordia que quebrantó el corazón del desgraciado discípulo, y *saliéndose fuera, lloró amargamente.*

Y después de la Resurrección de Cristo, nótese con cuánta ternura trata al discípulo caído.

«Y a Pedro»

Dijo el ángel en el sepulcro: *Id, y decid a sus discípulos y a Pedro.* (Marc. 16:7). El Señor no se había olvidado de Pedro aun cuando éste le había negado tres veces; por eso quiso enviar este men-

saje de la resurrección al discípulo arrepentido. ¡Cuán tierno y amante Salvador es Jesucristo!

Amigo, si eres uno de los desviados permite que la mirada amorosa del Maestro te cautive poniéndote de nuevo en el verdadero camino para que así recobres el gozo de la salvación que has perdido.

Antes de terminar, permíteme añadir que la lectura de estas páginas servirán para que Dios rehabilite algún desgraciado apóstata que en el correr del tiempo podrá ser miembro útil a la humanidad y ornamento digno en la Iglesia del Señor. Si David no se hubiera levantado de su caída, no tendríamos el Salmo 32: *Bienaventurado aquél cuyas iniquidades son perdonadas y borrados sus pecados;* ni tendríamos el Salmo 51, que fué escrito por el apóstata rehabilitado; ni tampoco tendríamos el maravilloso sermón del día de Pentecostés cuando tres mil fueron convertidos, si no fuera por la rehabilitación de otro apóstata.

¡Quiera el Señor levantar y rehabilitar a otros apóstatas haciéndoles más útiles para su gloria de lo que jamás hayan podido ser durante toda su vida.

PAGINAS POÉTICAS

Dando la vida por Cristo

Una prueba de la fortaleza que Dios puede infundir en los corazones de los que en El confían, tanto en tiempos lejanos como en el presente, es el adjunto grabado que representa el martirio de los cristianos malgaches en el siglo pasado, durante el reinado de la reina Ranovalona I.

Los que habían creído en el Evangelio eran llevados al borde de un gran precipicio donde, una vez atados a una cuerda sostenida por varios hombres y mientras el cuerpo de las víctimas se balanceaba en el abismo se les preguntaba:

—¿Renuncias a Cristo y entregarás tu Biblia para que puedas vivir?

—No lo haré— era la común respuesta de los cristianos. La cuerda era entonces cortada y el cuerpo bajaba a confundirse con los miembros destrozados de otros mártires.

Ante tales ejemplos de abnegación y sacrificio que la historia del Cristianismo nos ofrece, en pasados siglos, y aun en el presente, ¡qué pequeñas quedan nuestras excusas para no seguir y servir a Cristo con fidelidad!

A UN CRISTIANO

QUE QUIERE VOLVER A LO QUE DEJÓ

¿Al mundo que despreciaste
Quieres volver? ¡Desdichado!
Y él en nada ha mejorado
De como tú lo dejaste.
La paz que en él nunca hallaste
¿Hoy esperas? ¡Necio engaño!
Cree al primer desengaño,
Que después de hecho el error
Podrá causarte dolor,
Mas no remediar tu daño.

Aguarda, no te aceleres;
Ya lo que es el mundo viste,
Si bueno, ¿por qué lo huíste?
Si malo, ¿por qué lo quieres?
Lo que era, es él; mas no lo eres
Tú, que habiendo la razón
Cegado con la pasión,
El mal te parece bien:
¡Oh infeliz! vuelve en ti y ten
De ti mismo compasión.

No quieras atrás volver,
Sino adelante pasar:

Hágate perseverar
Lo que te hizo resolver.
Presto al breve padecer
Gozo eterno seguirá;
Pero no lo alcanzará
Ninguno que atrás miró.
Y si el que atrás mira, no;
Del que vuelve ¿qué será?

¿Quién del manjar soberano
De la fe vuelve a las ollas
Y a las groseras cebollas
Del necio Egipto mundano?
Deja, pues, tan cruel tirano,
Vuelve de un error tan grave
Al yugo grato y suave
De tu Señor amoroso;
Deja el deleite vicioso
Que es veneno, aunque a miel sabe.

Siempre, amigo, en los varones
Seguidores de la cruz
Se alternan tiniebla y luz
Goces y tribulaciones;
Y presentes tentaciones
Son señal de paz futura,
El crisol en que se apura
Y aprueba la caridad.
Y para el alma en verdad
No hay ganancia más segura.

(De "El Cristiano", año 1879).

LO MAS DULCE

I

¿Me perdonas hermano? No, no puedo
hacerte así infeliz siéndolo yo
me pesan las palabras que te dije
y los necios desprecios que te dije
aquí, en el pecho, sobre el corazón.
Dios nos oye y nos ve. Dios ha escuchado
la palabra insensata que brotó
como punzante espina. El ha visto,
en mis labios, la mueca, el feo rictus
del desprecio. ¡Qué triste!... Dios lo vió.
Nos amábamos tanto. ¿Has olvidado
los viejos días, cuando el Salvador
alabábamos juntos conmovidos
la voz, el alma, el corazón unidos,
felices por el suyo y nuestro amor?
Y tengo miedo. hermano. Yo pensaba
al acostarme ayer sobre mi lecho:
Si nos llamara esta noche Dios,
¡qué vergüenza, qué pena entrar los dos
por las perlinas puertas de los cielos!
Hermano, ¿me perdonas? Tú y yo somos
bien poca cosa. Nuestra vida ¿qué es?
Una pequeña luz que Dios podría
apagar con un soplo, en este día.
¿Oyes hermano? Hoy. ¡Perdóname!...

Y volverá otra vez al viejo nido
la divina paloma de la paz...
Y otra vez juntaremos conmovidos
la voz, el alma, el corazón unidos
en canto de alabanza al Salvador,
que vino al pobre mundo a perdonarnos
y muriendo en la cruz nos perdonó.
Por eso, hoy, tú y yo somos hermanos,
y he venido hasta ti. Dame la mano:
Quiero libes las mieles del perdón.

II

Hermano, te perdono. No podría
retener un momento ese perdón.
La paloma de la paz, en este día
vuelva otra vez con cantos de alegría
a convertir en nido el corazón.
¿Qué podría hacer yo? Acaso, dime,
podría retener mi pobre mano?
No, no puedo, que Jesús me dice
que sólo es su bondad que me bendice
y cual El debo obrar, siendo cristiano.
Recuerdo bien los días en que unidos
los corazones nuestros, entonamos
un cántico al Señor que nos salvó,
himno de gratitud al que en su amor
vino para tendernos sus dos manos.
¿Has pedido la mía? Pues yo creo
que está muy lejos de ella el corazón
y te ofrezco los brazos, conmovido,
deseando también, que hoy conmigo
tú compartas las mieles del perdón.

A. Almudévar.

DON JUSTO

Don Justo era muy justo; lo era tanto
que no sabía perdonar; decía:
¿Qué es eso de humillarse y qué ocho cuartos?
¿Qué es eso de olvidar? ¡Buena sería!...
Yo no digo un "dispense usted, hermano"...
ni lo oigo de nadie. Sólo a Dios
debemos humillarnos; de otro modo
demostraríamos ser tontos... ¡sí señor!...
Y un día que muy mucho molestóse
con cierto hermano, con el cual de tiempo
no se trataba bien, pues acostóse...
y un ratito después sintióse enfermo.
Y... ¡qué poca cosa somos!... el Don Justo
moría aquella noche, atribulando
a toda la familia, por un susto
que, la verdad, valía como cuatro...
Mas, como era cristiano, voló al cielo
su alma, a bienaventuranza,
fiada en el amor de un Dios eterno
en su bondad anclando su esperanza.
Cerca ya de la puerta tan gloriosa
que no hay palabras para describirla,
vió caminar ante él, y muy gozosa
otra alma que... ¿de quién sería?

Y era el alma de Juan, aquel hermano
con el cual, desde tiempo, allá en la tierra
estaba, pero muy, muy molestado...
Le vió llegar a la perlina puerta
y vió que ésta a su llamar se abría,
escuchó un ¡bienvenido! y de una fiesta
el rumor de los cantos de alegría.
¿Era posible aquéllo? ¿Era posible?
¡Para Juan una fiesta en las alturas!...
Don Justo estaba bobo... Era increíble...
No, no podía ser lo que veía.
Llegóse decidido hasta la misma
y preguntó a un arcángel que allí halló:
¿Es en honor de Juan que hacen la fiesta?
¿Y es ese Juan con el cual yo
estaba molestado por las cosas
indignas, ¡tan indignas! que me hizo?
Y el ángel con su voz, pura, armoniosa,
le respondió: Sí, es...
¡Pero!
Era un hijo
de Dios... No era perfecto; allá en la tierra
pecó bastantes veces, ¡pobre Juan!
Mas, la bondad de Dios es más que humana;
como es divina, él pudo aquí entrar.
Muy turbado Don Justo apartóse
a un lado extremecido, y exclamó:
¿Y habré de estar con él eternamente?
¿No tenéis otro cielo?
No, señor.
Pues si yo... pues si él... Es que nosotros
¿sabe usted señor ángel? en la tierra
nos queríamos poco... Yo su rostro
procuraba no ver...

¡Ah!...
¿Usted qué hiciera
en caso semejante? El ser divino
entróse para dentro sonriendo,
y no volvió a salir. Justo, mohino,
volvió hacia atrás muy triste y cabizbajo,
vagando así de una a otra parte.
No sabiendo qué hacer... se despertó,
al rodar de la cama atolondrado,
repitiendo: Señor... pero ¡Señor!...
Alzóse y fué al reloj; eran las cinco.
Ya lavado, vistióse con las ropas
de los días festivos,
comió un poco de pan con cualquier cosa
y descendió a la calle ¡vivo... vivo...!
Esperó si llegaba algún tranvía,
qué no llegaba. No pudiendo más,
hizo señal a un "taxis" que venía
y dió al "chófer" la dirección de Juan.

A. Almudévar.

EL DEBER DE PERDONAR

¿De tu prójimo te espantas
Que una vez te haya enojado,
Habiendo a Dios tú injuriado
Gravísimamente tantas?
Con Dios(cree, no te abonas
Diciendo: "Doleos de mí",
Si cuando te ofende a ti
Tu hermano, no le perdonas.
¿Piensas de Dios soberano
Haber en la confesión
De tus pecados perdón,
No perdonando a tu hermano?
Advierte que antes enconas
Su ira y furor allí,
Pidiendo perdone a ti
Si al prójimo no perdonas.

Damián de Vegas.

¡COMO JESÚS!

Si alguno no tiene el espíritu de Cristo, el tal no es de El. Rom. 8:9.

Calla... No le amas... Ilusión tan sólo...
Quizá le amaste un día,
muy lejos ya, allá en la lejanía
de tus recuerdos... No entiendo de otro modo
ese misterio... A ver...; serénate,
y hablemos como amigos, frente a frente,
sin disimulo hipócrita, lealmente
buscando la verdad... Respóndeme:
¿Es posible que Cristo, el manso, more
donde anida el rencor?
¿Es posible que la paloma quede
donde ha entrado el condor?
¿Viste jamás la luz y las tinieblas,
a la noche y al día
vivir en paz, en camaradería?
¿Cómo quieres que entienda
el misterio de tu presente triste?
Amas a Cristo y odias al hermano...
¿El perdón de tus culpas recibiste
sin dinero, sin precio, y al cuitado
que te ofendió desprecias?
¿No ves que así te vengas?

Pon, mi amigo, tu mano aquí, en mi mano,
mírame así, en los ojos, con franqueza,
y dime la verdad... ¡Aunque has amado,
no amas ya a Jesús... Esto es nobleza.
¿Qué haría yo?... No sé bien lo que haría,
aunque es posible que decidiría
cerrar la puerta de mi corazón
al orgullo cruel, a ese tirano
que, desde el Paraíso, ha apartado
siempre al hombre de Dios, del Dios de amor.
También yo he sido herido por la vida...
También en la pelea del vivir
abrirse vi en mi pecho la ancha herida
que nunca olvidaré... También gemir...
Aunque no quise nunca un enemigo,
porque llevé en la mano el corazón
a veces he sentido
clavarse en él la zarpa del maligno
impulsando a algún pobre como yo.
También sentí deseos de vengarme.
Como tú, también quise castigar
con mi desprecio... Supe aconsejarme
por el Libro divino... y, perdonar.
¡Si supiéramos, ambos, como Cristo
castigar las ofensas con amor!
Y ser como la flor,
que al enemigo,
a la abeja cruel, porque le ha herido,
le da su miel, tesoro más querido,
en la copa del mismo corazón.
La gran lección entonces aprendiendo,
más fácil cada vez
nos sería querer
al desgraciado. Así, como el Maestro,

por su mismo espíritu alentados,
la voluntad del Padre hacer podríamos,
y en paz, aunque entre espinos,
por la senda del Bien siempre avanzando,
un reguero de luz, como una estela
de místicos rubíes,
gotas de sangre, en muy preciosas piedras
por el amor de Cristo convertidas,
iríamos dejando, andando hacia la tierra
donde todo es amor,
y no existe la guerra...,
¡porque reina el Señor!...

A. Almudévar.